



Moskitia: La selva hondureña que se ahoga en cocaína

#LaMoskitia

Moskitia: La selva hondureña que se ahoga en cocaína

Noviembre 2023

Autores:

Bryan Avelar, Juan José Martínez

Proceso editorial:

Steven Dudley, James Bargent, María Fernanda Ramirez, Peter Appleby

Verificación de datos:

James Bargent, María Fernanda Ramirez, Chongyang Zhang

Diagramación y diseño:

Ana Isabel Rico, Juan José Restrepo, María Isabel Gaviria – Diseño gráfico

Elisa Roldán – Dirección creativa

Fotos y videos:

Bryan Avelar, Juan José Martínez

Contenido

1	Cuando la cocaína llega al paraíso	4
	Moskitia: el último reino	6
	El tesoro maldito.....	8
	Viaje por una selva que agoniza	10
	El político	12
	Los narcos pobres.....	13
	El Narco.....	15
	La piñata de Barra Patuca.....	17
	Los <i>loop</i> de la cocaína.....	19
	La resaca	20
	El tesoro que se vuelve humo.....	21
2	La muerte sobrevoló la laguna de Ébano	24
	Ibans	25
	‘Somos pobres’	26
	El helicóptero	28
	La Lancha	31
	Una investigación ‘demasiado pobre’	35
	Ocultamiento	38
	Los Miskitos entre dos fuegos	40
3	La resistencia del río Mocerón	43
	Una aldea se prepara para pelear	45
	La cacería	50
	En busca de aliados	54
	Los guerreros Lakut	59
	Una emboscada en la selva	61
	El destino incierto de la nación Miskita	63
	Contenido relacionado	66

1

Cuando la cocaína llega al paraíso

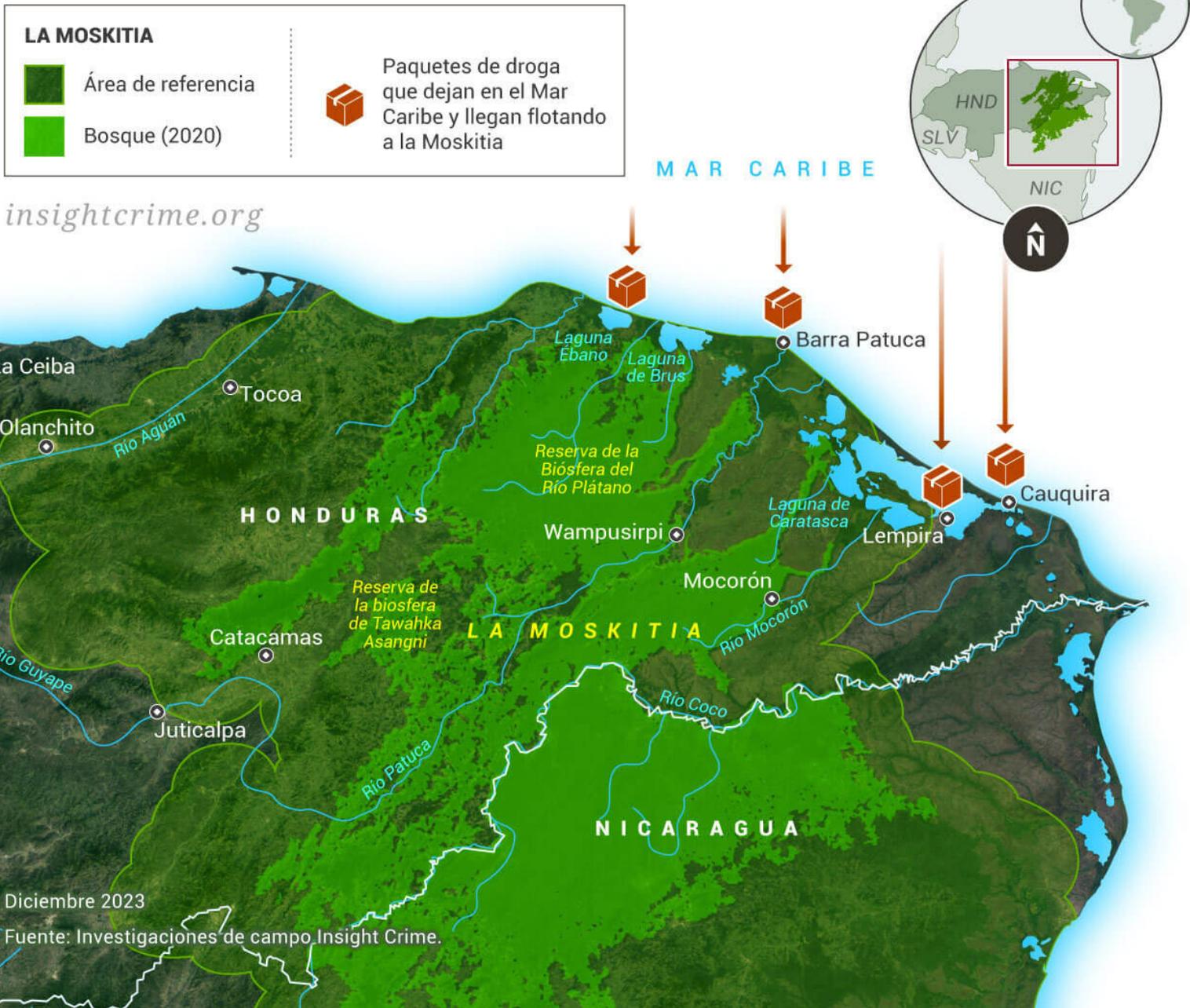


Marzo 2023. Final de la tarde. Puerto Lempira, Honduras.

Frente a la laguna de Tansin, los indígenas Miskitos, Moreno y Brutus, destapan cada uno una lata de cerveza mientras el agua se balancea suave frente a nosotros. Brutus, un joven flaco, se pone de pie y cuenta cómo salió vivo de una aventura. Cuenta que, hace apenas una semana, encontró un tesoro en alta mar y logró escapar de un grupo de piratas que querían quitárselo. Mira hacia el horizonte y recuerda que, tras el escape, tuvo la noche de parranda más memorable de su vida.

Conocimos a Brutus a través de Moreno, un ex empleado de un cartel local quien pasó buena parte de su adolescencia sacando paquetes de cocaína de avionetas para meterlos a lanchas y viceversa. Varias fuentes nos habían hablado de un paquete de droga que apareció hace una semana en alta mar y fue encontrado por pescadores Miskitos. Y luego Moreno nos habló de Brutus, un amigo suyo que iba en ese barco. Nos dijo que su amigo no sale de casa y que está deprimido, pero que si comprábamos unas cervezas y algo de comer quizá se animaba a contar lo que vivió.

Puntos de llegada de cargamentos de droga a la costa de la Moskitia hondureña



Esta mañana Moreno dijo que la mafia, así, en genérico, tiene orejas por todos lados. Así que debíamos ir a un lugar solitario, lejos de los ojos de aquellas orejas.

Entonces llegamos a una pequeña playa privada frente a la mansión ahora abandonada que el narcotraficante hondureño, Arnulfo Fagot Máximo, construía antes de ser capturado y extraditado a Estados Unidos. Y antes de ser declarado culpable de conspiración para distribuir cocaína y sentenciado a 33 años de cárcel en 2019.

En el camino recogimos a Brutus y fuimos a la mansión para que nos hable sobre aquello que encontró en el mar. Nos lo cuenta en una mezcla de español y miskito, su lengua materna.

“Lo vimos flotando a lo lejos y uno de los pescadores del barco se tiró a recogerlo. Otro hasta se puso a llorar – ‘Hoy sí, le pegamos al gordo’ – decían. Esa noche ya no pescamos, amanecimos chupando. Contentos. Porque eran 29 kilos”, cuenta Brutus.

El mar les había regalado a los tripulantes de ese barco pesquero un tesoro: 29 kilos de cocaína pura, que les significaría unos US\$110.000, por su venta en aquel momento en la Moskitia. Brutus y los demás marinos no lo sabían aún, pero el mar tiene sus condiciones a la hora de dar.

El capitán del barco les dijo que a él le correspondían 25 kilos, entre otras cosas porque el barco era suyo, así que llamó a otro capitán quien se llevó la mayor parte del tesoro, dejando a Brutus y los demás marinos tristes por haber tenido aquel tesoro en sus manos y haberlo perdido. Pero ese barco nunca llegó a su destino. Hombres uniformados les asaltaron en alta mar y se llevaron la cocaína.

El capitán avaro se quedó sin nada, y a los 12 marinos les quedaron cuatro kilos, equivalentes a unos US\$16.000. Si podían venderlo todo, el reparto equivaldría a 1.333 para cada uno. Pero el mar tenía sus propios planes para el destino de aquella droga.

Moskitia: el último reino

Estamos en la selva de la Moskitia, en el departamento de Gracias a Dios, al noreste de la costa atlántica de Honduras. Esta selva es por mucho la más grande del país y una de las más extensas e importantes de Mesoamérica. Tan importante es, que en ella habitan 20 de las 21 familias de las aves acuáticas reportadas en Honduras por Wildlife Conservation Society, una organización dedicada a la conservación de zonas silvestres y, según estudios locales, es refugio para los jaguares, pumas, tapires, guaras rojas y verdes y otras especies que para la mayoría de los hondureños solo están presentes en libros de biología.

La Moskitia fue un reino autónomo hasta los primeros años del siglo XX. Aunque siempre fue un lugar pobre y selvático, tuvo su propio rey, reconocido por los reyes británicos y conocido popularmente como “El rey mosco”. Pero aquello era un título vacío, era una forma de los ingleses de mantener un pie dentro del territorio del imperio español. Por esto su anexión al resto de Centroamérica demoró 300 años más que el resto de territorios.

Durante cientos de años, el sistema fluvial y su sistema lagunar aisló y protegió al pueblo Miskito de las invasiones desde tierra firme, de la influencia de los mestizos y de la voracidad del capitalismo. Pero es una relación de amor y odio. Les han aportado pesca, un medio de transporte y agua para beber. Pero, cada cierto tiempo, cuando llegan las tormentas tropicales, esos ríos y esas lagunas se congestionan y se desbordan, ahogando la vida que solían amamantar.



Hoy, esta región que se extiende a lo largo de 22.568 kilómetros cuadrados en la frontera entre Honduras y Nicaragua, es habitada por más de 100.000 personas. La Moskitia es también la región menos habitada de Honduras y una de las de menor densidad poblacional de Centroamérica.

Sus habitantes son, en su mayoría, indígenas Miskitos, como Moreno y Brutus, aunque hay, de forma minoritaria, población Garífunas, Tawankas, Pech y Nahuas. Todos son pueblos indígenas de la región, pero que también llevan herencia de cimarrones de origen africano.

Desde hace más o menos tres décadas hay también mestizos. Los Miskitos, probablemente en una traducción literal desde su idioma, llaman a estos mestizos que ahora les acorralan, y a todos los foráneos que no nacieron dentro de los linderos de su selva, “terceros”.

Estos últimos son considerados como invasores por parte de los Miskitos y es a quienes algunas autoridades indígenas atribuyen crímenes, que van desde el asesinato de líderes, la deforestación indiscriminada del bosque, la desaparición de defensores ambientales, y el aniquilamiento de la forma de vida Miskita.

Decenas de líderes indígenas de diversas comunidades esparcidas por toda la selva con quienes hablamos, insisten en algo más. Dicen que los mestizos son aliados, trabajadores, colaboradores y punta de lanza de una de las mayores fuerzas políticas y económicas de Honduras: el narcotráfico. Dos fuentes policiales de alto nivel aseguran lo mismo y al menos dos documentos judiciales a los que tuvimos acceso dicen lo mismo: que los mestizos están detrás del negocio de la cocaína.

El tesoro maldito

La mansión de Fagot Máximo, donde conversamos ahora con Brutus y Moreno, es imponente. Incluso estando en los huesos y habiendo sido despojada de buena parte de su revestimiento, se intuye su vocación de grandeza. De haberse terminado de construir habría sido un palacio. En el primer piso aún se ven restos de los mosaicos y azulejos que cubrieron los pilares y la barra del bar. En el lado norte, de frente a la laguna de Tansin y a unos 15 metros del edificio principal, hay una piscina, o más bien habría. De ella queda únicamente un agujero donde un ramillete gigante de plantas verduscas han hecho su casa y crecen sin restricción.



La parte de arriba de aquella mansión quedó en obra gris, no hubo tiempo de terminarla, la Administración de Control de Drogas de Estados Unidos (DEA, por sus siglas en inglés) llegó antes, y los cuartos con jacuzzi albergan la misma amalgama verde que se adueñó de la piscina. Hasta acá vienen parejas que buscan privacidad y las habitaciones terminan sirviendo para el mismo propósito para el que fueron construidas, solo que para gente diferente: Miskitos.

Brutus nos muestra las fotos de la cocaína que encontraron. Son unos bultos cuadrados envueltos en un plástico azul. En la foto se ven varias manos tocándolo, como si no quisieran desprenderse de él ni para la foto.

Nos cuenta que él y los demás marinos de aquel barco pasaron casi dos meses en alta mar, pescando camarones y langostas, guardando con ansiedad el pedazo de tesoro que les dejaron escondido entre unas bolsas de plástico. Esos cuatro kilos se repartieron entre los 12 marinos, pero el cocinero del barco, ávido consumidor de crack, se apresuró y abrió uno de los kilos y lo partió a la mitad para rascar un poco y convertirlo en crack.

Por aquel gesto de premura del cocinero casi terminan a cuchilladas y aquel viaje resultó más bien con poquísima pesca y con una docena de marinos durmiendo con un ojo abierto por las noches. Las esperanzas estaban puestas en el polvo blanco que dormía entre los plásticos, no en las langostas del fondo del mar.

Pasado el tiempo, en marzo de 2023, 11 días antes de nuestro encuentro, Brutus y los demás pescadores arribaron a un puerto de nombre Kaukira y ahí, Brutus cogió la porción de cocaína que le correspondía. Lo vendió a un comprador local, y se perdió, dejando a los demás envueltos en un problema de esos que difícilmente se solucionan con las palabras.

Su padre, pescador como él, fue a recogerlo al puerto de Kaukira en una lancha. Brutus llevaba alrededor de US\$1.300. Pero en medio del mar, rumbo a su casa, los interceptaron piratas.

“Cuando nos hicieron luces pensamos que eran pescadores que avisaban para que no rompieran su trasmallo (red de pesca), pero de presto blum blum blum los balazos”, dice Brutus, abriendo grande los ojos y poniéndose de pie mientras acompaña su relato con gestos amplios y sonidos estruendosos.

Los piratas eran Miskitos, según Brutus. Reconoció el rostro de algunos viejos colegas de pesca que decidieron buscar cosas más valiosas en el mar que langostas y camarones. Moreno lo confirma, él también sabe de quienes se trata.

Aquellos piratas se habían enterado del descubrimiento y querían, a punta de machete y revólver, arrebatarse su tajada. Pero a esos piratas el mar tampoco les favoreció y le robaron a Brutus la mochila donde no estaba el dinero. Lo había escondido en su entrepierna, así que después del asalto él y su padre pudieron llegar a salvo con su parte del botín hasta su ciudad, Puerto Lempira, la capital de Gracias a Dios.

Después de dejar unos dólares a su padre, se fue a la calle de las cantinas, puso saldo en su teléfono y llamó a sus amigos, Moreno incluido. Había guardado en una bolsa al menos media onza de cocaína e hizo de esa noche una noche

memorable. Luego se enteró de que los piratas, decepcionados por no poder robarle nada, se fueron a puerto Kaukira, donde entraron a tierra firme. Allí, fueron a donde el cocinero y pelearon con los demás marinos por coger la tajada más grande de aquel tesoro, y se lo arrebataron a fuerza de machete. Luego se fueron en sus lanchas hacia el horizonte, dejándoles malheridos.

El mar te lo da, el mar te lo quita.

Viaje por una selva que agoniza

El profesor Arístides, uno de los líderes indígenas más importantes de esta región, nos recibe en Puerto Lempira, que es quizá el único lugar de la selva al que le alcanza la palabra ciudad. Tiene tres calles pavimentadas, luz eléctrica, señal telefónica y de internet, un muelle y una estación policial. El profesor es un hombre pequeño. Habla español con dificultad pero mientras sus conjugaciones sencillas recuerdan a los niños cuando aprenden a hablar, sus referencias jurídicas de instituciones como la Organización Internacional de Trabajo (OIT) recuerdan a los activistas más sagaces.

“El problema que tenemos acá es que terceros destruyendo selva. Destruyen grandes hectáreas de selva y compran y venden tierras. Eso es ilegal, por el convenio 169 de la OIT, estas tierras son de la comunidad Miskita, no se pueden vender. Pero ellos venden. Ellos tienen detrás a narcos, por eso es difícil sacarlos”, dice el profesor con un gesto de hastío en su cara.

“El problema que tenemos acá es que terceros destruyendo selva. Destruyen grandes hectáreas de selva y compran y venden tierras. Eso es ilegal, por el convenio 169 de la OIT, estas tierras son de la comunidad Miskita, no se pueden vender. Pero ellos venden. Ellos tienen detrás a narcos, por eso es difícil sacarlos”, dice el profesor con un gesto de hastío en su cara.

De hecho, este hombre es más de mostrar que de decir y nos invita a ir a hasta su pueblo, Tansin, al otro lado de la laguna a varias horas de camino. Otro Miskito maneja la vieja camioneta en la que viajamos. Aquella máquina debe encenderse mediante un procedimiento que espanta cualquier esperanza de un viaje tranquilo.

El motorista, con una llave inglesa en mano, hurga sin escrúpulos en las intimidades de aquella máquina, justo debajo del volante y gira fuerte su herramienta hasta que el armatoste metálico se sacude en espasmos violentos y se dispone a andar.

A menos de una hora de haber salido nos topamos con las tierras invadidas por los terceros. No tienen un solo árbol, se han vuelto valles interminables donde a lo lejos se ven algunas manchas de ganado rumiando el pasto nuevo. El profesor nos pide desviarnos y entrar a una vereda que nos lleva hacia unos campos sembrados de mazapán: un fruto gordo y carnoso que crece desde unos árboles poco frondosos. Bajito nos cuenta, como si alguien pudiera escucharnos dentro del vehículo, que estamos en tierras privatizadas, en territorio apropiado por los terceros.

En el terreno hay una finca cuyo casco luce como una postal de los campos de Kentucky o Arkansas. Se trata de una casa de madera alta, con granero, dos tractores nuevos y una camioneta Ford estacionados al frente. Un hombre riega con una manguera unos cepos nuevos de mazapán en una especie de vivero. Nos saluda. No es Miskito y ni el conductor de nuestro carro ni el profesor le devuelven el saludo.

Nos vamos. No han pasado 10 minutos cuando nos alcanza un hombre en una cuatrimoto. Nos pide detenernos, nos dice que él es el administrador de esta finca, que las tierras son de un hombre llamado “Bruce”. Quiere saber quiénes somos y qué hacemos ahí. Es claro que nos está invitando a largarnos, esa tierra tiene nuevo dueño.

En el carro los Miskitos guardan silencio, llevan la cólera en la mirada. Ser expulsados de sus propias tierras es algo cada vez más frecuente. Quizá el profesor quería hacernos vivir un rato lo que ellos deben soportar a diario. El profesor es definitivamente más de mostrar que de decir.

Seguimos nuestro camino y las tierras usurpadas no terminan. Enormes terrenos cercados, cientos de hectáreas, hasta donde se pierde la vista, dominan aquella parte de la Moskitia. El alambre de espino se pierde en el horizonte, cercando las tierras que antes eran selva, que antes eran Miskitas.



El político

El [convenio 169](#) de 1989 de la OIT sobre “Pueblos Indígenas y Tribales en Países Independientes”, al que el profesor hizo referencia, ha sido ratificado por Honduras y por 22 países. Este les otorga derecho a las organizaciones indígenas sobre sus tierras. Las tierras indígenas, según el convenio, deberán ser administradas por las organizaciones indígenas y no podrán ser vendidas o rentadas.

Los Miskitos conocen estos acuerdos, el problema, según el profesor Arístides y otros líderes, es que las organizaciones Miskitas han sido cooptadas también por los terceros. La Federación de Indígenas y Nativos de la Zona Mocerón Segovia (FINZMOS), uno de los entes Miskitos más poderosos, es encargada de velar por el buen uso de la tierra. Pero desde 2014 es presidido por Rogelio Elvir, regidor en la alcaldía de Puerto Lempira, quien ni siquiera es Miskito y tiene una red de familiares presuntamente vinculados al narcotráfico.

Elvir es un hombre arriba de la cincuentena, nacido en uno de los pueblos de la selva colindantes con Nicaragua. Su [hermano es Marco Antonio Elvir](#), una persona, que según medios hondureños, es perfilada por el gobierno hondureño y por el gobierno de Estados Unidos como un importante narcotraficante de la Moskitia, así como su otro hermano ya fallecido, Modesto Elvir, sobre quien pesaban cargos similares. Rogelio Elvir es también tío de [Rosbin Duarte Elvir](#), a quien los medios hondureños también perfilan como narcotraficante.

En 2017, al menos 10 propiedades de Marco y Rosbin Elvir, entre ellas lujosas mansiones incrustadas en varios puntos de la selva profunda, fueron aseguradas por la Agencia Técnica de Investigación Criminal (ATIC), dedicada a la investigación y persecución de los delitos graves y de fuerte impacto social, en el marco de las operaciones Estigia I y Estigia II. Los operativos fueron dirigidos contra un grupo criminal llamado “Los Helios”, presuntamente dirigido por Marco, dedicado al tráfico de cocaína desde la Moskitia hacia Estados Unidos. Algunas de las propiedades que les incautaron están en Puerto Lempira, descascarándose, y siendo consumidas por el óxido.

A unas cuadras de una de estas propiedades, en la alcaldía de Puerto Lempira, nos recibe Rogelio Elvir. Es un hombre de ojos achinados. Nos dice, en frases cortas, que los Miskitos están exagerando, que el problema no es tal, que si bien es cierto que algunos campesinos mestizos están viviendo en la Moskitia, no ocupan más de algunas hectáreas para sembrar sus cultivos.

Le decimos que hemos recorrido las tierras, que hemos visto los cercos y los árboles caídos, que hemos visto la devastación. Entonces el discurso cambia, dice que en realidad no le corresponde hacer nada, que debe ser el gobierno central. Nos habla de grupos de Miskitos que se están organizando para guerrear contra los terceros, y dice que son un grupo de bandoleros.

Le preguntamos sobre su relación con al menos tres miembros de su familia involucrados en el narcotráfico y responde seco, escueto. Nos dice que no puede dar cuenta por su familia. Termina nuestra plática diciendo que en realidad todos los hondureños tienen derecho a la Moskitia, que es un espacio que debe ser compartido. Remata diciendo que él y su familia son gente pobre trabajadora.

“Yo compro y vendo animalitos, y de eso vivo”, dice.

Como muestra de esto nos pide pagar su café en la cafetería de la alcaldía.

“No me traje ni monedas”.

Se levanta y se va.

Los narcos pobres

Luego de un largo trayecto por tierras Miskitas y tierras apropiadas por los terceros llegamos por fin a la aldea de Tansin, al lugar donde nació y donde ha trabajado el profesor Arístides en las últimas dos décadas. Hay movimiento. Un grupo de unas 15 personas corretean con gran premura y rodean un árbol, gritan con excitación y afilan unas largas varas de bambú. Persiguen a una iguana grande. El animal se ha escondido en un árbol, pero está rodeado, ha perdido. Asoma su cabeza por entre las ramas y mira fijo a las personas que pronto se lo comerán.

En la Moskitia la inseguridad alimentaria, según reportes del [banco mundial](#), es del 43%. Es decir, 43 de cada 100 Miskitos no tienen una fuente estable y segura para conseguir los alimentos necesarios para vivir. La mayoría de los indígenas Miskitos comen arroz, frijoles y yuca en casi todas sus comidas. Por eso la “carne de monte”, como la de la iguana que está por enfrentar su destino, es tan importante. Pero desde la llegada de los terceros a la selva ya no hay muchos animales y los peces de las lagunas y ríos son cada vez más difíciles de encontrar. La depredación de la selva ha hecho que los ríos sean menos caudalosos y por ende menos prolijos en peces.

En la aldea de Tansin hay una escuela, pero es casi como si no hubiera. Niños y niñas reciben clases en un recinto de techo de lata y paredes de madera que a las 11 de la mañana se convierte en un horno, y vuelve el aire irrespirable. Pero el espacio no es suficiente. Los grupos que no alcanzan a entrar a las aulas deben refugiarse en la sombra de los árboles. No tienen ni baño ni agua corriente y un grupo de caballos macilentos deambula por la escuela buscando un poco de comida en los basureros. Los tres profesores que imparten clases

dejan a sus estudiantes repitiendo las vocales en español y en miskito una y otra vez y se nos acercan, quejumbrosos. Nos dicen que sus alumnos no tienen oportunidad de tener una buena vida.

En la Moskitia escasea el trabajo, los que pueden se emplean como pescadores. Vivir de la manera ancestral, sembrando pequeñas parcelas y cazando en la montaña, es cada vez más difícil, puesto que las tierras más fértiles están ya en manos de los terceros. Dicen que la selva está muriendo y con ella los animales. No solo es la percepción de los Miskitos. El [Global Forest Watch](#), una plataforma en línea que hace un seguimiento periódico de la deforestación en todo el mundo a través de tecnología satelital, estima que solo el departamento de Gracias a Dios entre 2015 y 2022 perdió 110.000 hectáreas de bosque, equivalentes a más de 150.000 campos de fútbol. Esta selva milenaria, que sobrevivió a la devastación de la conquista española hace 500 años, la vorágine destructora de la era colonial (1500 a 1821) y la llegada e instauración del capitalismo en el siglo XX, de seguir a este ritmo, estará devastada completamente en menos de 300 años. En menos de diez generaciones, la Moskitia será un mito del pasado.



El director de la escuela, un hombre de 29 años, rollizo, nos pinta un futuro espinoso para esos niños descalzos que ahora batallan por escribir en sus cuadernos unas palabras de español. Con la selva muriendo y el trabajo escaseado, la posibilidad de ganar algún dinero trabajando para los narcotraficantes se hace más apetecible y más necesaria para los Miskitos. El mismo director nos dice sin pudor que él trabajó para los narcos en un momento económico difícil para su familia.

“Cargando y descargando lanchas y avionetas, hermanos. Así me tocó, no había trabajo”, nos dice frente a sus alumnos.

El Narco

El narco llegó a la Moskitia desde los años ochenta. Esta parte selvática es ideal para trasegar la droga y embarcarla rumbo al norte, ya que tiene cientos de playas en el mar caribe, y es una zona remota, despoblada y de difícil acceso para las autoridades. Esto, combinado con un conjunto de condiciones sociales, como el desempleo y el hambre, vuelve a su escasa población un blanco fácil para convertirse en obreros del narcotráfico.

El primero en ver estas ventajas socio ecológicas de la Moskitia fue Juan Ramón Matta Ballesteros. Él era el narco más importante de Centroamérica de esta época, el enlace entre los traficantes de México y Colombia. Sin embargo, su reino fue efímero y en abril de 1988 fue arrestado por la policía hondureña y escoltado por los Marshals norteamericanos hacia Estados Unidos donde, 35 años después, aún se encuentra.

La selva Miskita también fue escenario de operaciones en años recientes para un conglomerado de capos hondureños que, según fiscales norteamericanos, mantenían vínculos con el entonces presidente [Juan Orlando Hernández](#). Hernández se encuentra en una celda en Estados Unidos, junto con su hermano, un hijo de otro expresidente, y otros hondureños pertenecientes a la élite política del país.



La Moskitia, y buena parte del norte de Honduras, ha sido el imperio de narcos durante las últimas tres décadas, pero su presencia en esta selva era más discreta, más clandestina. Estaban en sus mansiones u ocupados en sus pistas clandestinas. Pero desde hace unos diez años aproximadamente, los narcotraficantes han comenzado a apoderarse de grandes extensiones de tierra Miskita, y para esto han escogido el camino más pragmático: se toman la tierra por la fuerza, luego talan los árboles y ponen alambre de espino y sus propios guardianes armados. Donde no hay árboles, no hay selva, y donde no hay selva, no hay Miskitos.

El único beneficio que los Miskitos han encontrado en la llegada de los terceros es que, de vez en cuando, el mar les regala algunos kilos de cocaína, producto de naufragios o accidentes, que ellos pueden vender y darle un giro a sus vidas. Pero, según el director de la escuela, el profesor Arístides Brutus Moreno y casi cualquier Miskito con quien hemos hablado durante estos cinco meses, incluso eso lo están perdiendo.

Otro profesor nos dice que si bien este mes, marzo, es plena “temporada alta” para encontrar paquetes de cocaína en las costas o cerca de ellas, no es un tesoro tan apetecible como en el pasado. El precio ha caído. Los mismos terceros lo han unificado. De tal forma que un kilo de cocaína recuperado y en buen estado que hace cinco años podía costar US\$9.000 ahora es muy difícil venderlo en US\$4.000.

“Ahora no pagan nada por kilo, esto está botado, hermano”, se queja también el director.

Si lo que el profesor Arístides quiere demostrarnos es que la droga no ha llenado de opulencia los pueblos Miskitos, lo logró. Todo indica que haber sumado la cocaína a la fórmula de abandono estatal, pobreza multidimensional e invasión de tierras, llevará a la cultura Miskita más cerca de su declive o su extinción. Su ubicación geográfica, que por años la protegió, ahora la vuelve apetecible para los traficantes.

Contrario a lo que algunas autoridades nos han dicho, y a lo que piensan decenas de hondureños con quienes hemos hablado, los Miskitos no son narcotraficantes. A ellos les quedan las migajas, lo que sobra, lo que se cae de las lanchas, y, aun así, estos paquetes flotantes que aparecen esporádicamente se han vuelto la esperanza para familias y aldeas enteras.

La piñata de Barra Patuca

Generalmente, estas historias de Miskitos que encuentran cocaína las protagoniza el marino lujurioso o el caminante solitario que peina las playas en busca de un fardo que le cambie la vida. Pero a veces, cada cierto tiempo, el mar se vuelve más dadivoso, y distribuye sus riquezas de forma más comunitaria. El año pasado, un día de abril de 2022, en un poblado pequeño y pobre, como todos los poblados de por acá, llamado Barra Patuca, aparecieron unos bultos flotando en el horizonte. Lo que pasó después en ese lugar ya se ha vuelto una leyenda que se esparce por las aldeas de la selva como el fuego en un incendio de verano.



“La piñata duró más de un mes. Parecía un carnaval. Vino gente de todas partes a vender y comprar cosas. Comida, guaro, prostitutas... había de todo ahí”, recuerda un marino de otra comunidad que visitó Barra Patuca en aquel tiempo.

“Había gente tirada en las calles que se dormía de borracha. Llegó gente de otras partes, de lejos y se quedaron ahí por semanas”, dice.

Había dinero, mucho dinero en Barra Patuca.

Todo empezó cuando una tarde de abril de 2022, un grupo de buzos pescadores buscaba langosta a varias millas náuticas de la costa Miskita. Los pescadores llevaban ya varias horas de entrar y salir del agua y, tras una semana en el mar,

el contenedor en el barco no tenía las langostas suficientes para que aquella expedición fuera rentable, según les dijo el capitán a los marinos.

Parecía que la semana no podía ir peor.

Pero el mar, bien lo saben los Miskitos, es caprichoso. Y a veces puede darte sorpresas.

“Entonces vieron que venía flotando... era un fardo gigante”, cuenta un pescador. “Vieron”, dice, en tercera persona del plural, como apartándose de aquello.

“¡Y de repente ya no era solo uno, sino que era un montón de fardos! ¡Y salimos a agarrarlos! Bueno, salieron”, se tropieza.

Ellos fueron los primeros en toparse con el tesoro, luego lo verían otros.

Aquello parecía sacado de una fantasía. No es que nunca hubieran visto un fardo flotar. Pero una cosa es encontrarse un fardo con 24 kilos, y otra muy diferente es encontrarse 87 fardos con 24 kilos cada uno. Así fue, nuestras fuentes Miskitas estiman un aproximado de 2.000 kilos de cocaína flotando frente a ellos. Un tesoro. Un enorme tesoro de oro blanco.

Nadie sabe exactamente de donde vinieron tantas pacas. Unas fuentes nos dijeron haber visto dos lanchas de narcotraficantes ser volcadas por Miskitos en los esteros de Barra Patuca, otros dicen haberse encontrado con los fardos en alta mar, mientras que otros afirman haber visto las pacas llegar flotando, tranquilas, hasta las costas del poblado. Lo cierto es que la cocaína llegó, de varias formas, como un botín para los Miskitos de ese lugar.

Quienes estuvieron ahí cuentan que las cervezas Coors Light, un lujo que pocas veces se pueden permitir, se agotaron y que las tiendas del pueblo mandaron a muchachos en lanchas, a comprar más, muchas más, pero hubo que beberse las tibias, no había suficientes congeladores ni refrigeradoras en el pueblo.

Al siguiente día del hallazgo, de los hallazgos, llegaron también los “negociantes”, con este nombre llaman los Miskitos a quienes llegan desde grandes ciudades hondureñas como San Pedro Sula, Colón, o Tegucigalpa, a comprarles la droga que encuentran. No habían pasado ni dos días cuando el dinero empezó a fluir por aquel lugar.

Entonces llegaron los “turcos”, así le llaman a cualquier persona que se dedique a vender ropa, o telas. Luego llegaron aquellos que tenían una moto, un motor de lancha, unos quintales de arroz o frijol, un chanco. Incluso llegaron trabajadoras sexuales.

Casi todas las personas que tenían algo que intercambiar por dinero fueron hasta ahí. Quienes consiguieron vender la droga compraban lo que sea que se les pusiera enfrente. Los más visionarios compraron cemento, madera y remendaron sus casas, los menos compraron mucha Coors Light. Aquel festín duró casi un mes.

Los loop de la cocaína

Los Miskitos atribuyen la llegada de la cocaína a causas supra naturales que tienen que ver con deidades, con el destino o con la bondad, o maldad, de sus acciones. Han cargado esos eventos de un sentido profundo, y los han incorporado a su cosmovisión. Encontrar droga es algo que atribuyen a una suerte de juego entre el bien y el mal, en donde el mal tienta con droga a las personas para desviarlo del buen camino, cosa que, casi siempre, consigue.

Sin embargo, un oceanógrafo de una compañía trasnacional inglesa de aceite y petróleo, quien pidió no ser identificado por su nombre, nos explica en una entrevista con este equipo en mayo de 2023, que la llegada de esa droga a ciertos lugares, en ciertas temporadas, tiene que ver con la naturaleza propia de una masa de agua conocida en oceanografía como corriente del caribe occidental.

“Yo puedo soltar una boya en un lugar del caribe y sé exactamente a donde llegará y cuando. Porque las corrientes funcionan siempre de la misma forma y lo hacen en loop”, dice el experto, refiriéndose al círculo que hace en el agua.

Este hombre tiene más de 20 años estudiando el mar caribe de la Moskitia hondureña. Cree que, si bien muchos fardos quedan perdidos o son abandonados por sus trasportistas, otra parte es soltada adrede por las avionetas en lugares concretos. Dice haber sido testigo de eventos de este tipo y sabe de colegas que han sido incluso contratados para dar asesoría a los traficantes sobre la naturaleza de dichas corrientes.

Quizá esto explique por qué los compradores llegan tan rápido, con el dinero en efectivo ya preparado, para comprar la droga que encuentran los Miskitos. De ser cierto lo que afirma el oceanógrafo, los indígenas Miskitos se convierten en un eslabón más en la cadena de distribución de la droga sin siquiera saberlo.

Para los Miskitos, al margen de estos conocimientos oceanográficos, la eterna pobreza desaparece momentáneamente cuando llegan a sus manos los fardos, y los convierten en personas adineradas de la noche a la mañana. Aunque el precio al que los fuereños compran el kilo de cocaína a los Miskitos se ha desplomado en los últimos años, recibir el equivalente a US\$4.000 por kilo no está mal para alguien que podría tardar más de un año en ganar la misma cantidad con jornadas de sol a sol cultivando maíz o pescando en el mar.

Pero luego de la borrachera siempre viene la resaca.

La resaca

Para los Miskitos el dinero proveniente de la droga es un dinero de mal agüero. Un dinero maldito que se va como agua entre las manos, que se evapora, que solo trae bacanal. Por eso, una vez pasado el jolgorio y la euforia de aquella fiesta en Barra Patuca, llegaron los más sagaces.

“Yo llegué al mes de la piñata, a comprar unos motores. Me los dieron baratos. Mi raza, los Miskitos, cuando haya coca lo que compra es motor, freezer, moto, lancha, televisor, trasmallo y carro. Pero a los dos meses, cuando ya se gastó el dinero y vuelve a la pobreza, venden todo bien barato. Yo fui a comprar dos motores después de que pasó la fiesta. A 40 mil lempiras (US\$1.624) me los dieron, y a ellos, nuevos, les costaron más de 90 mil (US\$3.655)” contó uno de los profesores de la escuela de Tansin, ante la mirada estupefacta de sus alumnos.

La cultura Miskita no es una cultura capitalista, no operan bajo la lógica de la plusvalía. Parece más bien una lógica campesina de subsistencia. Sembrar para vivir. Ni siquiera tienen palabras en miskito para decir más allá del número veinte, que en miskito se dice yawanaiska que traducido literalmente significa todos los dedos de mis manos más todos los dedos de mis pies. Para enumerar más han tenido que incorporar palabras de español. En la lógica de la subsistencia es más importante compartir con tu comunidad que invertir en una empresa.



Pasada la fiesta, en julio de 2022, los buscadores de langosta de Barra Patuca volvieron a adentrarse en el mar. Los pescadores subieron a sus cayucos de caoba y los comerciantes pobres volvieron a sus ventas. Los campesinos siguieron sembrando su yuca y su arroz, pero con la alegría de haber formado parte de un carnaval inolvidable, con el recuerdo de haber sido ricos por un momento, pero sobre todo, con la esperanza de que la naturaleza repita una vez más su hazaña y su bondad. Ahora los marinos y pescadores de langosta mirarán hacia el horizonte esperando que de nuevo aparezca flotando un bulto blanco y la piñata vuelva a empezar.

El tesoro que se vuelve humo

En cuanto a Brutus, el rumor se corrió, y pasó de ser un marino cualquiera a ser Brutus: el hombre al que el mar premió, el valiente que burló a los piratas y el mecenas de la parranda nocturna de Puerto Lempira. Nos cuenta que luego de beber, esnifar, comer y coger durante dos días, el dinero y la cocaína se terminaron y, claro está, los amigos escasearon. Solo Moreno aún le habla y le invita a cervezas de vez en cuando.

Los rumores dicen que aquellos piratas han jurado matarle si le vuelven a ver por Kaukira. Se sentirán humillados por el marino, quizá. Sus amigos no paran de pedirle que les invite a tomar y drogarse, no le creen cuando les dice que aquello se terminó. Entonces le llaman egoísta y le retiran el saludo. Lo mismo pasa con su familia. Le recriminan que se guarde el dinero para él y no lo comparta con ellos. Estás minado, vea Brutus, le dicen cuando pasa, y todo mundo le vende más cara la comida.



Según cuentan Brutus y Moreno, al menos dos de esos ladrones fueron asesinados por otros piratas en algún lugar cerca de Puerto Kaukira días después de aquel atraco. La ley del mar.

El sol se pone sobre la laguna de Tansin, y hace del cielo una pintura imposible color naranja. Las bandadas de pájaros nos interrumpen con su parloteo crepuscular. Es el momento del relevo, cuando los animales nocturnos son quienes quedan a cargo de la selva. Frente a nosotros hay una lancha abandonada, una que llegó cargada con 80 fardos de cocaína hace unos 9 meses, se balancea en el agua, llena de moho. Nadie ha tenido el valor de moverla de su lugar y mucho menos de usarla. Las primeras parejas de Miskitos se van asomando por las cercanías. Buscan un lugar oscuro y apartado para el romance.

Los vestigios de la mansión de Arnulfo Fagot Máximo se van llenando de sombras, desde la armazón a medio construir del tercer piso podemos ver la otra punta de la laguna y el mar espejeando mientras se balancea. Desde acá se ve, encallada en medio de un manglar, una segunda lancha. Esa también vino con cocaína hace un año y medio y fue abandonada por sus dueños. Esta tampoco la toca nadie.

Por la noche, nos dicen ambos, no es buena idea estar por acá. Pasado el crepúsculo los enamorados se van y llegan los adictos, los truhanes, piratas y vagabundos de Puerto Lempira. Es mejor irnos. Para ellos, de alguna forma, nosotros somos terceros.

2

La muerte sobrevoló la laguna de Ébano



Eran cerca de las tres de la tarde del 16 de septiembre de 2021 cuando el helicóptero Bell H1-1H 953 de la Fuerza Aérea Hondureña inundó el cielo sobre la comunidad que habita la Laguna de Ébano.

Unos segundos después empezó a llover plomo.

Los tiros se hundían con potencia como enormes gotas de lluvia sobre la tierra seca y la impactaban tirando pedruscos hacia el cielo que luego caían de vuelta sobre los techos de lámina enmohecida.

Los Miskitos, la comunidad indígena que habita aquel lugar, aún recuerdan aquel sonido de metralla. Una P fuerte y una erre larga y rimbombante.

Prrrrrrrrr, prrr, prrrr.

Aquella tarde, en medio de la selva caribeña de Honduras, algunos Miskitos se habían acercado a un objeto que los soldados a bordo de aquel helicóptero intentaban cuidar. Era una lancha gris con tres motores.

La lancha había aterrizado en la playa con una pirueta que la hizo volar por los aires, según recuerdan los habitantes. Justo antes de que comenzara la balacera, la lancha huía por las orillas del mar del helicóptero que la perseguía tirando plomo desde el aire.

El helicóptero, según recuerdan los Miskitos, pasó varias veces rociando tiros sobre sus cabezas antes de que el pánico y el caos se apoderaran de ellos.

A dos kilómetros de la playa, donde había encallado la lancha, en una casa hecha de tablas y techo de lámina, Élica Bermúdez digería el último bocado del pollo frito de su almuerzo cuando escuchó la tronazón y de inmediato pensó en su esposo, Erick Barú Rivera.

“Me lo mataron”, dijo Élica en ese momento, en voz alta, como si hubiera estado hablando con alguien.

Era una premonición. En la orilla de la playa, su esposo, yacía con dos tiros que le entraron por la espalda y se alojaron en su estómago, dejándolo tirado sobre la arena, a punto de morir.

De pronto, el traqueteo de los disparos se fue acercando hasta escucharse a unos metros del patio de su casa. Élica corrió hacia el interior del cuarto hecho de tablas y se lanzó sobre su hijo menor, intentando protegerlo de las balas que caían desde el cielo.

Durante los próximos 40 minutos, recuerdan ahora los Miskitos como la gente de la comunidad corría, se metía a sus cuartos, se escondía detrás de árboles. Gritaban. Lloraban. Insultaban. Maldecían.

“Prrrr. Prrrrr. El polvo inundaba las calles. ¡Dios mío! Lluvia de plomo. Balas entrando por el techo. ¡Santo! El zumbido del helicóptero. Prrr. Sangre. Otro herido. ¡Padre, ayúdanos! Polvo. Otro herido. Prrr. Prrr. Otro. Zumbido. ¡Dios mío! Gritos. Zumbido. ¡Lo mataron!- gritaban.

Ibans

Ibans. Esa es la palabra que usan sus habitantes para nombrar esta pequeña franja de tierra bañada por las aguas dulces de la Laguna de Ébano, por un lado y por las del mar Caribe por el otro. Su nombre, según cuentan los ancianos, se lo debe a la deformación del vocablo en inglés para nombrar al ébano, uno de los árboles más preciados que crece en los bosques de este lugar.

La Laguna de Ébano está ubicada entre los municipios de Juan Francisco Bulnes y Brus Laguna, en el departamento de Gracias a Dios, en la selva de la Moskitia hondureña. No es raro que su nombre, al ser pronunciado por sus habitantes, transite entre el inglés y el español, de tal forma que algunos

Ibans, dentro de la Moskitia, es una de las zonas a las que la naturaleza premió más. No solo está rodeada de la riqueza de la Reserva Biósfera del Río Plátano, que la convierte en una zona fértil bañada por aguas dulces que riegan los bosques. Su inmensa laguna está llena de pescado y caracol. Y del otro lado, es bañada por el mar con abundancia de cangrejos, langosta y medusas que los pescadores venden a una empresa china que desde hace unos años explota esa costa.

Quizá por su posición geográfica, tal vez por la orientación de la brisa marina o probablemente por un capricho del mar, Ibans es también, desde hace muchos años, un lugar al que constantemente las olas arrojan fardos de cocaína que los narcotraficantes sueltan en su trayecto de sur a norte, mientras viajan aguas adentro. No solo unos cuantos fardos. En ocasiones, según cuentan los lugareños, cuando los lancheros se quedan sin gasolina, sin agua o sin comida, terminan encallando en la blanca arena de este lugar, dejando los cargamentos completos a merced de los Miskitos que caen sobre ellos como niños sobre una piñata.

Sin embargo, los costos de esas piñatas son altos.

‘Somos pobres’

Cuando llegué a Ibans por primera vez, en marzo de 2023, casi un año y medio después de que aquel helicóptero atacara este poblado, todo parecía en calma. Para llegar a Ibans desde Tegucigalpa, la capital hondureña, hay que viajar durante tres días. Moverse de un pueblo a otro dentro de la Moskitia depende de varias cosas. Del clima, de si hay medios de transporte disponibles y de si hay suficiente gente queriendo ir al mismo lugar como para que valga la pena mover una camioneta o hacer zarpar una lancha.

Mi viaje desde Tegucigalpa hacia la Moskitia comenzó con una hora en avioneta a Ceiba, la ciudad más grande vecina de aquella selva. Aunque llamarla ciudad es un cumplido. Luego hay que esperar hasta la madrugada del día siguiente para abordar una camioneta que viaja durante ocho horas hasta el primer poblado de la Moskitia llamado Batalla. En Batalla hay que esperar otro día para poder viajar en lancha durante una hora hasta Ibans.

La otra forma de llegar es yendo desde Puerto Lempira en un viaje de seis horas en lancha mar adentro. En mi segunda visita, durante el trayecto en lancha, llovió casi sin parar. Pero al llegar el agua del lago de Ibans estaba quieta como un espejo y sobre él se hacía una inmensa alfombra de nenúfares verdes flotantes que adornaba los costados del muelle principal. Fui recibido por uno de los líderes que pronto me presentó con los miembros del consejo de ancianos que dirige aquel lugar y luego con una docena de sobrevivientes y testigos de aquella balacera.

En Ibans hablé con los sobrevivientes que me mostraron sus cicatrices, radiografías, exámenes médicos, videos y fotografías de lo que ocurrió aquella tarde. Además, escuché el relato de más de una docena de testigos, y examiné el expediente de 113 páginas abierto por la Fiscalía de Etnias de Honduras, hablé con abogados, policías, militares, líderes indígenas y funcionarios públicos.



A pesar de lo dicho por los oficiales militares, que afirman que aquello se trató de un enfrentamiento entre soldados y narcotraficantes, todo apunta a que lo que ocurrió fue algo más parecido a un ataque directo.

La primera persona a la que entrevisté en Ibans fue a Élica Bermúdez, la viuda de Erick Barú, quien murió dos días después producto de las balas del helicóptero, mientras estaba internado en un hospital de Tegucigalpa. Además de Barú, según relatan los habitantes de Ibans y la causa penal abierta por el caso, Launder López y Héctor Derich, dos Miskitos adultos, murieron producto de un infarto en la playa tras escuchar aquel sonido de guerra. Al menos otros 11 Miskitos resultaron heridos por las balas aquella tarde.

Élica es una mujer Miskita de 32 años. El día que la encontré lucía sucia, con la piel pálida y el pelo enmarañado y lleno de tierra. Parada al lado de la tumba de su esposo, sollozaba y contaba que había quedado sola y sin esperanzas.

Lo mismo dicen otros siete sobrevivientes a quienes entrevisté durante cinco meses, entre marzo y julio de 2023. Todos creen que la investigación penal abierta por aquella balacera nunca llegará a obtener justicia. Unos creen que esto se debe a que el Estado hondureño no tiene la menor intención de investigar.

“Es que nosotros somos pobres”, dice Élica.

El helicóptero

Cherlito Platino señala con su dedo índice la cicatriz ubicada justo en el medio de la parte posterior de su cuello.

“Los doctores no podían sacar la bala porque decían que estaba en un lugar delicado. Muy peligroso sacarla”, dice haciendo un esfuerzo por gesticular bien sus palabras en español.

Conocí a Cherlito una tarde a principios de julio. Él es uno de los sobrevivientes de aquella balacera y para demostrarlo además de sus cicatrices, tiene una radiografía donde se ve la bala alojada entre sus vértebras. Me lo presentó uno de los líderes indígenas de la comunidad de Ibans luego de preguntarle si podía conocer a los sobrevivientes del helicóptero. No fue difícil dar con él. En esta comunidad casi todos saben y recuerdan aquel día como si fuera ayer.



Aquel 16 de septiembre, Cherlito hundía su red para pescar en las aguas del mar Caribe frente a las costas de Ibans y la sacaba rebotante de medusas. En su embarcación, una lancha mediana empujada por un motor de 200 caballos de fuerza, lo acompañaban otros tres pescadores y un conductor. Juntos llevaban cerca de seis horas mar adentro, llenando de medusas las cubetas que luego irían a vender al plantel a un precio de 21 lempiras cada una, unos 80 centavos de dólar.

Sin embargo, aquel día, ocurrió algo inesperado.

«Prrr Prrr, sonaban los balazos. Venían unos soldados y por los dos lados del helicóptero tiraban, por las dos puertas», recuerda Cherlito.

Debajo del helicóptero, en las aguas del mar caribeño, una enorme lancha gris viajaba a toda velocidad en dirección hacia la costa de Ibans, empujada por la fuerza de tres motores marca Yamaha de 300 caballos de fuerza cada uno.

Sobre la arena, en la orilla del mar, unos doscientos Miskitos, entre hombres, mujeres, niños y niñas veían la escena y detuvieron sus actividades de pesca de golpe. Bajaron las cubetas de sus hombros, soltaron sus redes y levantaron la mirada hacia el horizonte, observando aquella escena no con temor sino con la alegría de quien ha encontrado un tesoro.

Al llegar a la orilla, la lancha impactó a la velocidad que le daban los tres motores y saltó por los aires en una espectacular pirueta cayendo sobre la arena, a unos 20 metros costa adentro. De la lancha se bajaron espantados tres hombres que desaparecieron como el humo, escurriéndose por los montes y veredas.

Al ver la lancha encallar, los Miskitos se abalanzaron sobre ella con la esperanza de tomar para ellos mismos algo de aquel tesoro de cocaína que imaginaban dentro de la lancha.

Antes de que el primero de aquellos indígenas alcanzara a llegar a la lancha, las balas que salían del helicóptero impactaron la playa y cayeron levantando la arena y creando una enorme nube dorada que inundó todo el lugar.

Las balas atravesaron la lancha en la que pescaba Cherlito, a unos 200 metros mar adentro, y una de ellas le pegó justo en la parte posterior del cuello.

“Como las balas son rápidas, cuando yo sentí ya me habían pegado”, cuenta Cherlito que aún herido y desangrándose, ayudó a sus compañeros a llevar la lancha a la playa. “Todos nos bajamos de la lancha y entonces sentí que perdí las fuerzas y vi todo negro”.

Se desmayó.

La Lancha

Sergio Herrera es un profesor de primaria. También es sobreviviente del ataque y me describió lo que pasó después. Él había salido a comprar unas brochas para pintar su casa aquella tarde cuando se sorprendió al ver corriendo a tanta gente hacia la playa.

“La gente gritaba ‘Cayó una lancha, cayó una lancha’. Y cuando salgo yo a la playa veo que estaba una lancha sentada en la arena. Y miro también que venía un helicóptero disparando del lado del plantel de medusa. Y sale la gente corriendo. La mayoría mujeres y niños”, recuerda Sergio.

Al ver los impactos, los Miskitos se replegaron. Algunos se tiraron al monte que crece a la orilla del mar, otros se lanzaron de panza en la arena, haciéndose los muertos, otros se escondieron bajo un matorral y otros huyeron, escurriéndose por los callejones que dan a la playa.

Pero apenas unos minutos después, Sergio, avanzó hacia la lancha y vio que un grupo de unos 50 Miskitos rodeaban la embarcación que ya estaba siendo custodiada por un grupo de unos ocho soldados. Eran los soldados destacados en un pequeño e improvisado puesto militar instalado en Ibans desde hace cuatro años como parte del plan “Escudo”. Su presencia ahí fue ordenada por el gobierno del ahora expresidente hondureño Juan Orlando Hernández, que buscaba cerrar el paso para avionetas y embarcaciones con droga provenientes de Suramérica.



Los militares, que habían aparecido en apoyo al helicóptero, según recuerdan los Miskitos, resguardaban la lancha y con sus fusiles apuntaban a quien intentara acercarse a ella.

“Todos los que estábamos ahí, los soldados y también la población, asumimos que la lancha estaba repleta de droga. Por eso los soldados estaban cuidándola. El mensaje era claro: si intentan llegar a la lancha, no lo vamos a permitir”, recuerda Sergio, sentado bajo la sombra de un árbol frente a su casa.

Para los Miskitos la droga que llega del mar es un recurso más de la naturaleza. Hablan incluso de “temporada alta” y “temporada baja” de paquetes de cocaína. Consideran estos paquetes algo a lo que de alguna forma tienen derecho, como la carne de los peces, como la madera de los árboles y los frutos que de estos se desprenden.

Por eso aquel día se acercaban a la lancha y husmeaban desde lejos su contenido.

De pronto, el plomo volvió a llover del cielo.

Según los relatos de los testigos y sobrevivientes, en medio de aquel alboroto, un Miskito en estado de ebriedad se abalanzó sobre uno de los soldados que cuidaba la lancha e intentó quitarle su fusil, a lo que el soldado respondió abriendo fuego, pero no precisamente sobre el borracho.



“Entonces sentí un punzón”, recuerda Sergio, mientras se pone la mano a la altura del pecho. “Me miré y vi que me salía sangre del corazón. Mi amigo Franklin, que estaba al lado mío, me vio sangrando y me dijo ‘a mí también me dieron’, pero yo ya no podía reaccionar. Luego sentí que me fui desvaneciendo”, cuenta.

Se desmayó.

Al lado de Sergio estaba Tecxi Jackson, otro de los pescadores de medusa que estaba trabajando en la playa aquella tarde. “Empezó a disparar el helicóptero y con el alboroto de la gente unos se aventaron sobre la lancha. Entonces, yo solo sentí que me pegó un balazo en la mano. Sentí lo caliente”, dice Tecxi.



Cerca de Sergio, Tecxi y Franklin, otro hombre acababa de caer en la arena luego de ser atravesado por una bala. Su nombre era Eric Barú Rivera. Eric se acababa de bajar de una pequeña embarcación pesquera y corría hacia la lancha intentando agarrar un poco de aquel tesoro.

“Al ver que el helicóptero estaba disparando, yo le dije que no nos acercáramos”, recuerda Wilmer Rivera, su primo, mientras señala su tumba, en el pequeño cementerio de Ibans, un lugar tan pequeño y con tan pocos muertos que las tumbas ni siquiera tienen nombre. Cada quien sabe dónde está su muerto.

“Él nos dijo que éramos cobardes y salió corriendo en dirección a la lancha. Unos pasos había avanzado nomás cuando le cayó el tiro en la espalda”.

El helicóptero descendió un poco hasta quedar flotando por unos segundos, apenas a unos cuantos metros por encima de la lancha, y luego volvió a ascender.

«Yo vi que iba subiendo cuando empezó a rafaguear de nuevo. Alcancé a ver a los dos pilotos y a los dos soldados que iban en las puertas disparando con ametralladoras M60”, dice Sergio, mostrando en su teléfono un video subido a Facebook por algunos habitantes que denunciaron el hecho públicamente.

El helicóptero se levantó y luego de que los militares dispararan contra los Miskitos que intentaban acercarse a la lancha, el plomo empezó a llover sobre toda la comunidad de Ibans, contaron los Miskitos de la comunidad.

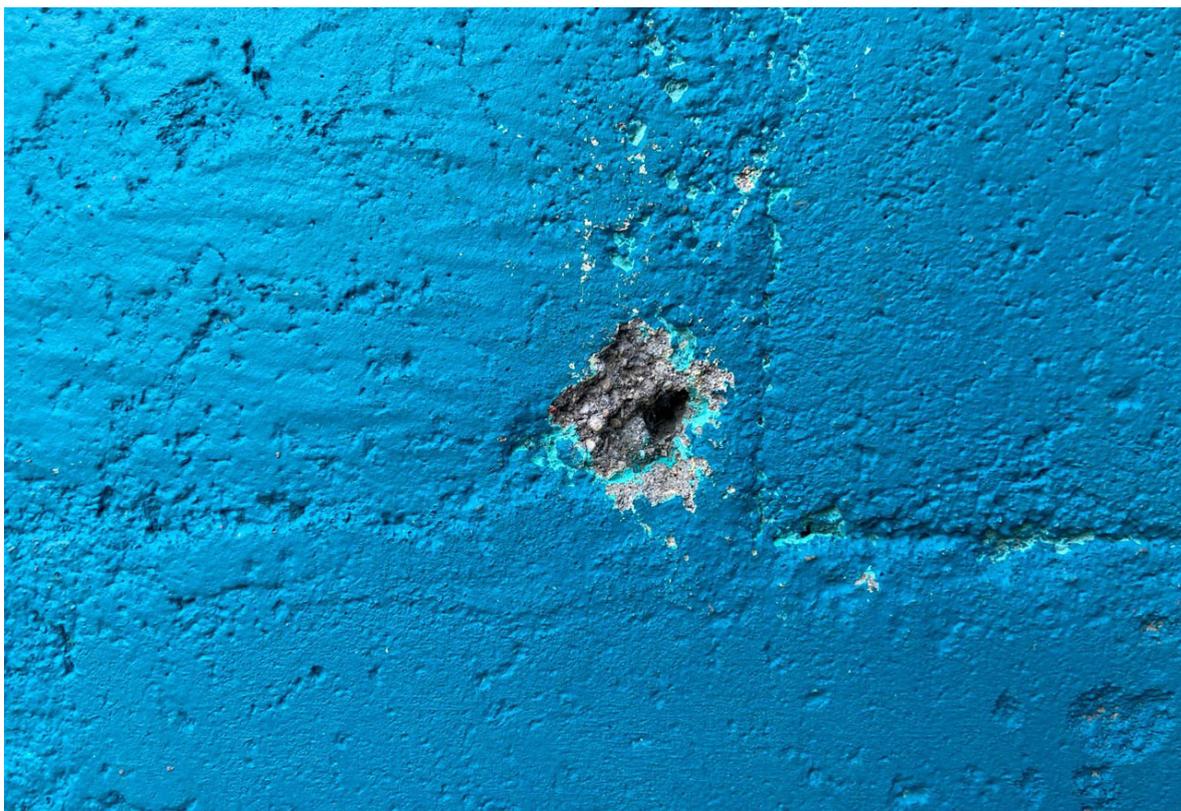
Vanesa Duarte, directora de la guardería infantil Celso Castillo, en la comunidad de Coyoles, un caserío aledaño a Ibans, sacó su teléfono celular y me mostró el video del helicóptero rondando en las cercanías de su casa. Como este, hay otros videos, filmados por los lugareños, que muestran imágenes del helicóptero y se escuchan las ráfagas de disparos sobre Ibans.

Minutos antes de grabar el video, su esposo, un hombre que se dedica a trabajar la madera, había corrido con dirección a la lancha con la intención de pescar algo del supuesto botín. Pero en el camino se topó con el helicóptero escupiendo fuego y tuvo que aventarse hacia unas láminas viejas para cubrirse.

“Al oír el helicóptero, mis niños salieron a verlo. Ellos siempre salían a decirle adiós cuando pasaban. Pero de repente veo que salen corriendo para adentro porque escucharon la balacera y se veían las balas, se veían como rayitos de luz que caían hacia la tierra y se escuchaba la tronazón”, recuerda Vanesa.

La casa de Vanesa tiene un muelle que da a la Laguna de Ébano. Minutos antes de la balacera, su primo había amarrado su lancha al muelle para descansar. Él trabaja de repartir costales de comida, en uno de los pírricos proyectos del gobierno hondureño para palear la hambruna que asola la Moskitia. Su lancha estaba en ese momento llena de aquellos costales.

“Como en la lancha de mi cuñado había un montón de sacos, quizá los del helicóptero pensaron que era la droga. Y se pusieron enfrente de mi casa. ¡Enfrente de mi ventana! ¡Como si fuera una película! Y apuntaron. Mis niños me gritaban ‘¡Mami, mami, nos van a tirotear!’; pero gracias a Dios los hombres no nos dispararon y levantaron de nuevo el helicóptero”, recuerda la mujer.



La lluvia de tiros cayó por todas partes. Incluso en la guardería donde trabaja Vanessa. En una de las paredes del lugar que cada día alberga a 32 niños de entre dos y cinco años, todavía hay restos de aquella balacera: un impacto de bala en las paredes de una de las aulas.

Modesto Morales, un líder indígena de la Moskitia, recuerda aquello como un caos. «Empieza a rafaguear el helicóptero. Empieza a rafaguear a la gente y a las casas. A mí también me rafagueó. Yo me aventé de la moto cuando vi que me cayó un tiro en la llanta y otro en la moto. Entonces le grité a uno que iba conmigo ‘¡Me mataron!’ Y me aventé a la arena, haciéndome el muerto. Parecía que estábamos en guerra”.

Una investigación ‘demasiado pobre’

En la tarde de aquel 16 de septiembre, mientras los heridos de Ibans aún eran trasladados a diferentes lugares del país para ser atendidos por personal médico, las fuerzas armadas de Honduras dieron su versión de los hechos a través de un breve comunicado. Era de un poco más de 100 palabras y fue publicado en su [página de Facebook](#) titulado “Aseguramiento de lancha que transportaba supuesta droga”.

La publicación de la institución castrense planteó fundamentalmente tres ideas. La primera es que aquella tarde, uno de sus helicópteros perseguía una lancha con “supuesta droga”. A esos fines publicaron fotos de la lancha con barriles de plástico en la parte de atrás del bote y con militares armados a su alrededor.

La segunda es que luego de ser abandonada por sus tripulantes, “células ligadas a la narcoactividad que pretendían descargar la droga” de la embarcación y en su intento dispararon al helicóptero. Como “pruebas” publicaron dos fotos de una aeronave muy de cerca con dos agujeros que podrían haber causado por balazos.

Y tercero, que, tras el enfrentamiento, la embarcación quedó asegurada por elementos de las fuerzas armadas “a la espera de hacer una inspección en los barriles y el fuselaje”.

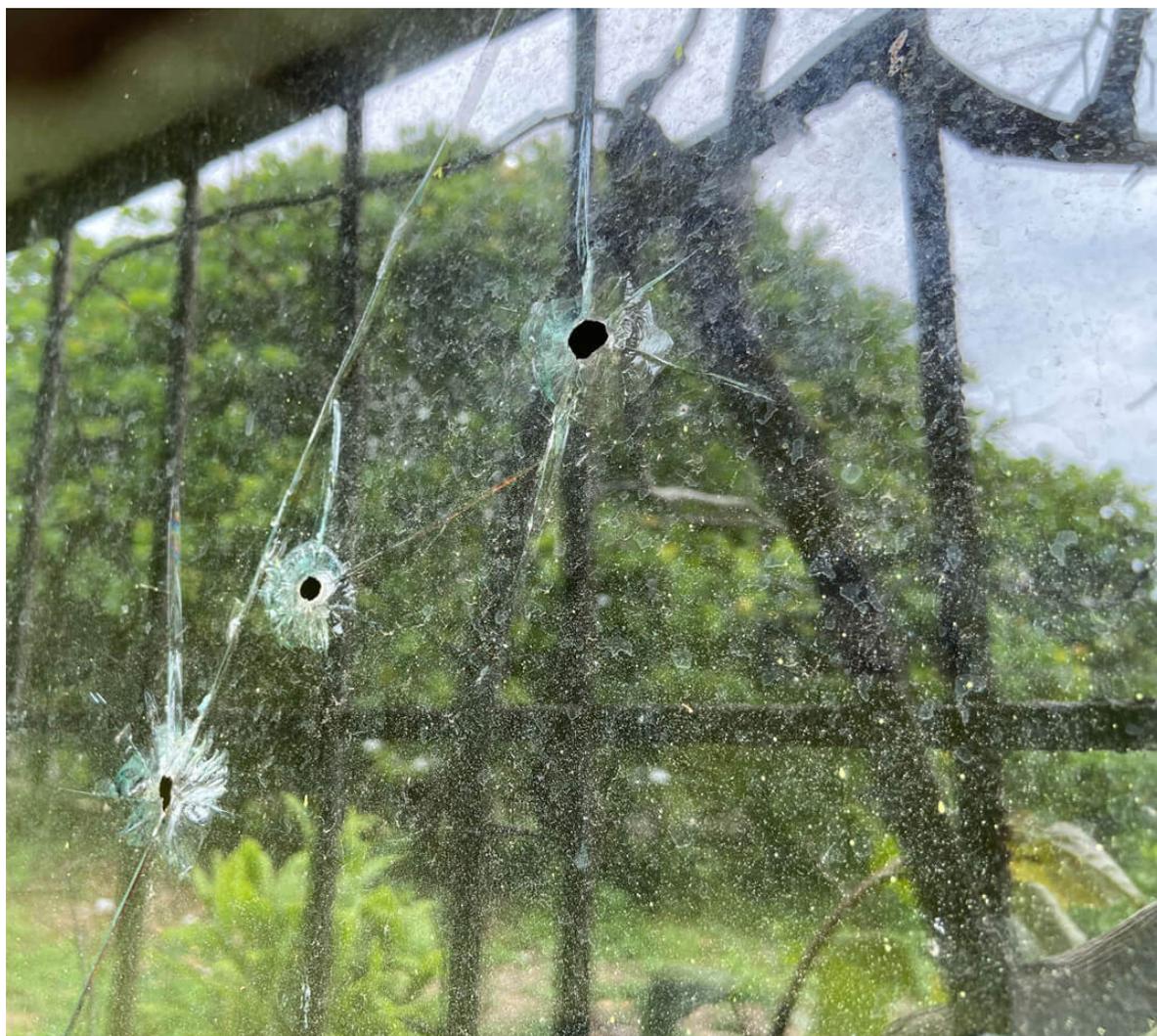
El comunicado, que hasta hoy ha sido el único pronunciamiento oficial de las autoridades al respecto, omitió mencionar alguna palabra sobre heridos y muertos durante aquel encuentro. Tampoco dice nada sobre niños aterrados, guarderías e iglesias tiroteadas.

A mediados de noviembre, Insight Crime solicitó entrevista con un representante del alto mando de la Fuerza Aérea Hondureña para hablar sobre la responsabilidad de la institución en los hechos ocurridos en Ibans en septiembre de 2021. También solicitó comentarios sobre el incidente a portavoces del Departamento de Estado de Estados Unidos y pidió a voceros del Ministerio Público y de la Policía Hondureña que explicaran por qué a dos años de los hechos, ninguna autoridad ni siquiera ha visitado la comunidad de Ibans para investigar. Al momento de la publicación, no recibimos respuesta de ninguna de estas instituciones.

Un día después de la balacera, once líderes indígenas de diferentes organizaciones Miskitas se trasladaron hasta Tegucigalpa e interpusieron una demanda de dos páginas ante la Fiscalía Especial de Protección de Etnias y Patrimonio Cultural. En la denuncia, dirigida a la entonces fiscal Janyi del Cid, los líderes exigían esclarecer los hechos, destituir al vocero de las Fuerzas Armadas y resarcir los daños físicos y psicológicos a los Miskitos afectados, así como reparar los daños hechos por los impactos en techos y paredes de casas, escuelas e iglesias.

La denuncia, además de estar firmada por 11 líderes indígenas de la Moskitia, está reforzada por 11 relatos de testigos directos y familiares de víctimas. En sus relatos, todos aseguran que ningún Misquito estaba armado aquella tarde y que nunca nadie disparó contra el helicóptero.

Apenas cinco días después, la Fiscalía Especial de Etnias se declaró incompetente y trasladó el expediente a la Fiscalía Especial de Derechos Humanos. En un memorando que consta en el expediente del que tengo una copia, la institución argumenta que no cuenta con los recursos suficientes para continuar con la investigación y que “es de conocimiento público que la Fiscalía de Derechos Humanos” ya había iniciado algunas diligencias, según lo había anunciado a través de sus redes sociales. La investigación se había vuelto una piedra caliente que nadie quería sostener.



El comunicado, que hasta hoy ha sido el único pronunciamiento oficial de las autoridades al respecto, omitió mencionar alguna palabra sobre heridos y muertos durante aquel encuentro. Tampoco dice nada sobre niños aterrados, guarderías e iglesias tiroteadas.

Dos días después de que el expediente fuera trasladado a la Fiscalía de Derechos Humanos, el 23 de septiembre, esta envió un memorando a la Agencia Técnica de Investigación Criminal (ATIC), una unidad de investigaciones especiales del Ministerio Público dedicada a la investigación y persecución de los delitos graves y de fuerte impacto social. En el memo, la Fiscalía solicitó a la agencia que designara cinco agentes para iniciar con las diligencias. Tres agentes investigadores, un experto en inspecciones oculares y un técnico en decomiso y extracción de evidencia estaban programados para una visita a Ibans el 16 de octubre. Sin embargo, la visita nunca se dio. La piedra seguía muy caliente.

El 30 de septiembre, un asistente de la Fiscalía de Derechos Humanos adjuntó otro memorando al expediente de investigación en el que hace constar que ese día intentó contactar a una de las víctimas vía telefónica, pero “no salió la llamada”, por lo que procedió a consignarlo sin más.

El 13 de octubre de 2021, el coordinador regional del Ministerio Público de Ceiba solicitó al jefe seccional de la Fiscalía de Derechos Humanos, un informe sobre lo ocurrido en Ibans. En el informe, que tiene fecha del 15 de octubre, la unidad responde que, según las investigaciones realizadas y las consultas hechas a los policías de Puerto Lempira, la ciudad más grande de la Moskitia hondureña y donde se encuentra el único puesto de policía preventiva de la zona, no se tenía información de los hechos porque nunca se pudieron trasladar al lugar dado que la Policía no contaba con los recursos logísticos para el traslado. Consultado, el jefe policial de Puerto Lempira, comisario Mario Posadas, me dijo que la Policía no tiene ni una sola lancha para movilizarse en toda la Moskitia.

“Para movernos tenemos que canjear los bales de gasolina a cambio de que los pescadores nos lleven”, comentó Posadas.

Pedro Mejía, abogado de la organización Litigio Estratégico que lucha por la defensa de derechos humanos en Honduras, es el apoderado legal de 11 de las víctimas sobrevivientes de los familiares de los muertos en aquella balacera. Cuando hablé a finales de julio, con el abogado se mostró desanimado y calificó la investigación como “demasiado pobre”.

Las 113 páginas que componen el expediente al cual tuve acceso revelan que dos años después de que ocurrieron los hechos, las autoridades ni siquiera han visitado el lugar de los hechos ni una sola vez.

Ocultamiento

La pobreza del expediente, a decir del abogado Mejía, no solo se debe a la falta de investigación fiscal sino también al ocultamiento de información por parte de la Fuerza Armada y posiblemente la destrucción de pruebas. El 17 de marzo de 2022, seis meses después de los hechos, la institución castrense anunció en un escueto comunicado a través de sus redes sociales que el helicóptero

Bell H1-1H matrícula 953, el mismo que, según el abogado Mejía, participó en el operativo en Ibans, se accidentó y se quemó por completo. Sus ocupantes apenas salieron con quemaduras leves.

Además, según los testimonios de los Miskitos, 40 días después de los hechos, un grupo de militares se presentó a Ibans. Fueron puerta a puerta, exigiendo a los habitantes que entregaran los casquillos que habían recogido tras el tiroteo.

“Llegaron soldados y policías casa por casa y pidieron que si teníamos las balas que habían quedado las teníamos que entregar. Nos dijeron que era para hacer justicia. Pero justicia nunca llegó”, dice uno de los líderes comunales de Ibans que prefirió no ser identificado con su nombre por temor a represalias.

“Llegaron soldados y policías casa por casa y pidieron que si teníamos las balas que habían quedado las teníamos que entregar. Nos dijeron que era para hacer justicia. Pero justicia nunca llegó”, dice uno de los líderes comunales de Ibans que prefirió no ser identificado con su nombre por temor a represalias.

Su temor no es infundado. Al menos dos líderes Miskitos de esa comunidad han tenido que huir por amenazas de muerte. El último fue Modesto Morales. En una llamada telefónica a finales de julio, Morales aseguró que un grupo de hombres armados y vestidos de negro llegaron a su casa por la noche luego de que él denunciara ante las autoridades a las fuerzas militares por vejámenes a los derechos humanos de la comunidad.



Sin embargo, en una de mis visitas a la región, logré encontrar algunos casquillos que aún permanecen en Ibans. Un habitante me mostró algunos de ellos mientras señalaba los agujeros en el techo de su casa por donde asegura que entraron los disparos. El casquillo del proyectil tenía en su base el número 7,62 mm, que es el calibre que usan las ametralladoras M60 empotradas en los helicópteros que describen los testigos de los hechos. Un artilugio potente, usado en conflictos bélicos como arma de apoyo a las tropas en tierra. Un arma poderosa, sobre todo, si se dispara contra escuelas de lata y personas desarmadas.

El abogado Mejía cree que la investigación no avanzará nunca. En parte, dice, porque las mismas autoridades tienen miedo de investigar a una institución tan poderosa y temida en Honduras como las Fuerzas Armadas.

“No es necesario que alguien reciba una amenaza. Se sabe que la Fuerza Armada [sic] es una institución de temer”, me dice el abogado.

La falta de colaboración de las fuerzas armadas, según los sobrevivientes, también puede tener relación con un hecho contundente: la lancha abandonada en Ibans aquel 16 de septiembre ni siquiera tenía droga.

De acuerdo con los relatos de los testigos, luego de la balacera, los Miskitos acecharon enfurecidos la lancha hasta que uno de los líderes intervino. Allí se acercaron al comandante de los militares que cuidaban la lancha, quien era conocido en el área. Según Modesto, el comandante se había presentado antes como parte de la Fuerza de Tarea Bravo, una unidad de cooperación conjunta bajo la dirección del Comando Sur de los Estados Unidos (SOUTHCOM, por sus siglas en inglés).

InSight Crime también solicitó comentario sobre el incidente al Departamento de Estado de Estados Unidos. Al momento de la publicación, no recibimos respuesta.

El día de los hechos, Modesto afirma que los habitantes pidieron al comandante permiso de tomar la gasolina que había en la lancha.

“[Él] me dijo, ‘Calma a tu pueblo’. Yo le expliqué que el pueblo exigía quedarse con lo que había en la lancha, ya fuera droga o gasolina, porque el daño que le habían hecho era demasiado. Él me dijo, ‘Está bien, lo autorizo para que vea qué hay en la lancha y si es gasolina se la pueden llevar. Si es droga no. Ni tampoco se pueden llevar los motores porque tengo que entregar la lancha a inspección’”, explica Modesto.

Modesto asegura que se subió a la lancha y retiró el plástico con el que estaban cubiertos los barriles. Ahí se dio cuenta de que en la embarcación había 18 barriles. Los primeros 14 estaban vacíos y otros cuatro tenían un poco de gasolina en su interior.

“Entonces el pueblo se aventó sobre los barriles y se los llevaron. Incluso me botaron a mí y no podía pararme porque yo peso casi 300 libras”, recuerda Modesto.

Sus palabras son reforzadas por [un video subido a YouTube](#) titulado “Lancha sube en Ibans la Moskitia en tiroteo”, publicado el 6 de octubre de 2021 por el usuario @franklinlopez4042. En el video se ve una horda de Miskitos desvalijando la lancha color gris plata. Algunos de ellos se llevan incluso los barriles o lazos que encuentran en el interior de la nave.

Las autoridades hondureñas tampoco consignaron ningún decomiso de drogas ese día en Ibans.

Los Miskitos entre dos fuegos

Los Miskitos se han visto atrapados entre fuerzas que de una forma u otra destrozan su forma de vida, su salud y su selva. Este evento de septiembre de 2021 no es único.

En 2012 una lancha pilotada por un agente de la Administración de Control de Drogas de Estados Unidos (DEA, por sus siglas en inglés) y dos agentes antinarcóticos hondureños abrieron fuego tras chocar con un barco de pasajeros. Al oír los disparos, un agente de la DEA en un helicóptero de apoyo ordenó a los agentes hondureños que dispararan contra la embarcación de pasajeros. Los disparos mataron a dos mujeres embarazadas, un niño de 14 años y un adulto. Todos Miskitos, todos civiles.



Se lograron **esclarecer los hechos** gracias a videos desclasificados por el departamento de justicia de Estados Unidos. Sin embargo, los líderes Miskitos hablan de varios casos más que no han sido reportados. Cuentan sobre otros helicópteros disparando sobre civiles, de golpizas a manos de los militares, torturas y robos. Insisten en que el pueblo Miskito es vejado tanto por los narcotraficantes como por las autoridades hondureñas y extranjeras.

Casi dos años después de este último atentado, y tras decenas de intentos por parte de los Miskitos y los abogados querellantes por alcanzar la justicia ante las cicatrices y las muertes de los suyos, en el pueblo de Ibans solo hay desesperanza, trauma y dolor.

Durante la última conversación con Élica, la viuda de Erick Barú, antes de irme de ese pedazo de paraíso y de su laguna de Ébano, me cuenta una infidencia, una especie de secreto que había guardado para ella y que ahora cree a bien compartir. Bajando un poco la voz para que solo lo escuche yo me dice:

“Miskito tiene creencias... y a veces, cuando mi niño se enferma, se le hincha la panza. Miskito dice que es porque el papá muerto le viene a dar de comer”. Pero los muertos no comen lo mismo que los vivos. Por eso, según los Miskitos, los niños se enferman. “Nuestra creencia dice que si yo quemo la ropa que él dejó y saco humo, él se va. Pero mi niño no se cura. Se vuelve a enfermar y se vuelve a enfermar. Ahora ha caído con otra enfermedad. Está bien triste. Yo digo que ha de ser el papá que anda molestando en espíritu”.

Todos los fantasmas que dejó aquel helicóptero tardarán mucho tiempo en irse del pueblo que habita la laguna de Ébano.

3

La resistencia del río Mocerón



En el pueblo de Mocerón, una aldea habitada por aproximadamente 500 indígenas Miskitos, ubicado en las profundidades de la Moskitia, la gran selva Hondureña en el departamento de Gracias a Dios, que colinda con la frontera con Nicaragua, se reúnen más de 60 líderes y representantes Miskitos en una iglesia católica.

La reunión la convoca el sacerdote Enrique Alargada, un español valenciano menudo y de hablar pausado, arriba de la cincuentena, que vive acá desde hace más de 20 años. El evento tiene un nombre anodino, uno que no despertaría sospechas ni levantaría la suspicacia de quien no debiera. Es la “reunión anual de la pastoral del medio ambiente”.

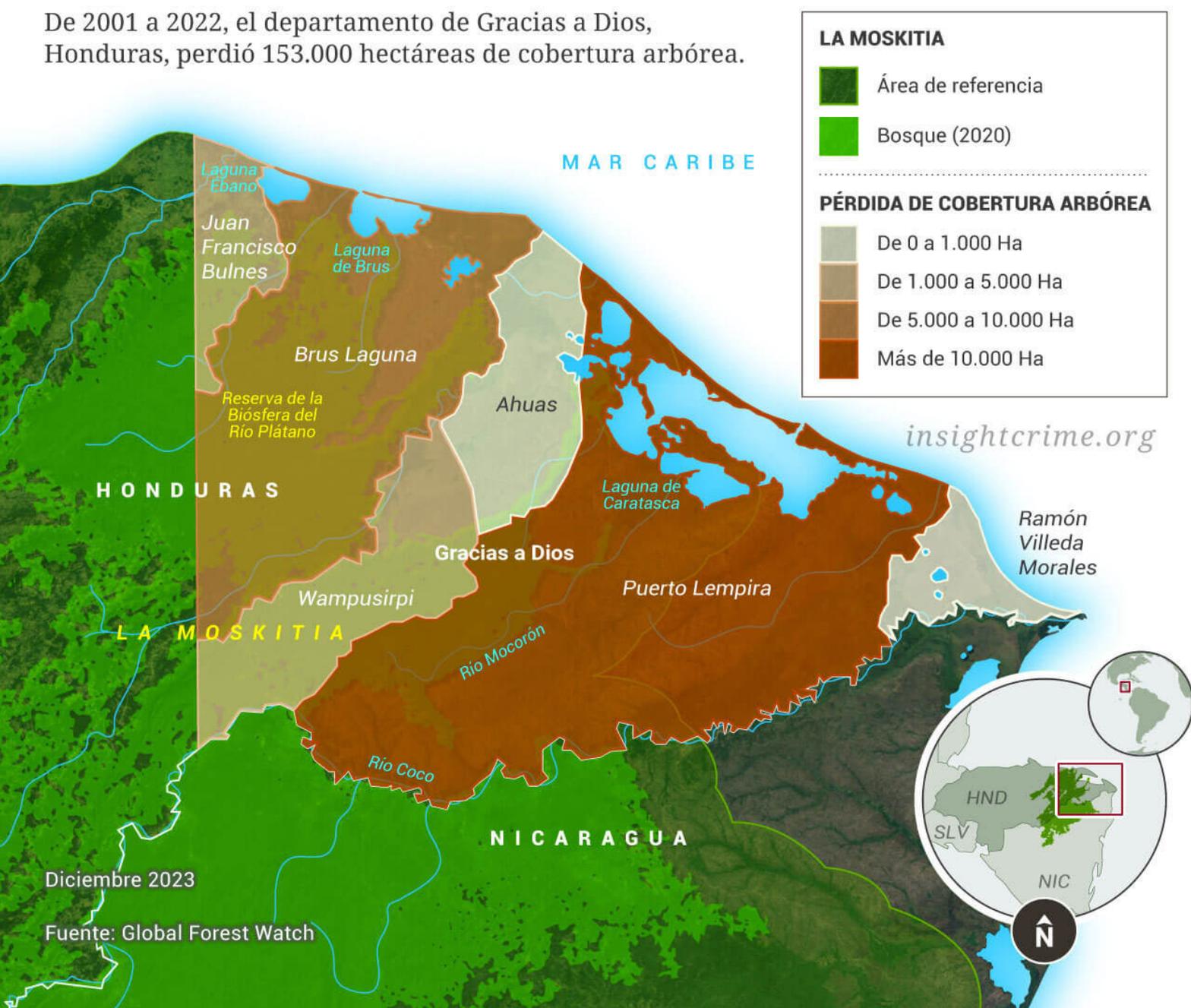
Para asistir al encuentro, más de 50 representantes de los diferentes entes sociales Miskitos recorrieron la selva durante días, incluidos dirigentes del pueblo de Limitara, cerca de la frontera con Nicaragua; y de la asociación de mujeres Miskitas que iniciaron su recorrido desde Puerto Lempira, la capital de Gracias a Dios. Están también las mujeres del caserío Mavita, quienes han logrado proteger a la guara roja de su extinción por la caza furtiva; los consejos territoriales, encargados de la defensa de la tierra Miskita, y al menos

otras dos decenas de representantes de pueblos Miskitos. En definitiva, está acá bien representado el pueblo Miskito; desde las comunidades de la costa y las lagunas hasta las aldeas de la montaña.

Acá, bajo el refugio simbólico de la iglesia, estos líderes discuten sobre las estrategias para salvar su selva de la voracidad de “los terceros”, nombre con el que llaman los foráneos, los extranjeros. Los terceros a los que se refieren hoy tienen dos singularidades: la primera es que están invadiendo y destruyendo la selva Miskita, la segunda es que están vinculados a narcotraficantes.

Pérdida de cobertura arbórea en 2022 en Gracias a Dios, Honduras (Ha)

De 2001 a 2022, el departamento de Gracias a Dios, Honduras, perdió 153.000 hectáreas de cobertura arbórea.



Una aldea se prepara para pelear

El padre Alargada abre la reunión con una misa. Habla perfecto miskito, pero al final de la homilía habla en español. Les dice que los Miskitos son como un pueblo bíblico, al que Dios les prometió una tierra y les encomendó cuidarla.

“Si perdemos esta tierra, si permitimos que nos la quiten, en el futuro dirán: que pueblo más tonto el Miskito, se dejaron quitar la tierra y las riquezas que Dios les dio”, predica.

Uno a uno van pasando hombres y mujeres y les cuentan a los demás lo que pasa en sus territorios. Casi todos hablan de cientos de hectáreas destrozadas, de tierras vendidas ilegalmente e invadidas por las cuales ya no pueden transitar. Otros cuentan cómo fueron sacados a balazos de la misma selva donde cazaron y sembraron sus abuelos y los abuelos de estos.

Después, un hombre joven pide la palabra. Es grande, con brazos gruesos que brillan de sudor. Lleva en la cara la expresión del guerrero y camina hacia el altar de la iglesia como si se dirigiera a un *ring* de boxeo. No viste las ropas campesinas, de trabajo, que usan los demás. El lleva camisa negra, tenis y jeans.

Él es Miskito, pero no hace parte de ninguna de las formas de organización que hoy se reúnen. Ha sido militar y según sus palabras, está acá para organizar la lucha contra los terceros.





Algunas de las fotos de los mapas geo referenciados por Miskut durante su patrullaje. Cada una representa decenas de hectáreas arrasadas.

Casi todos lo conocen y lo respetan. Su nombre se ha vuelto popular en la selva, entre Miskitos y entre terceros, pero en un afán de no ser yo quien termine de colocar la diana sobre su espalda, le llamaré con otro nombre, Miskut, como el héroe mitológico de los Miskitos. El hombre es, en términos sencillos, un caudillo.

“He venido a mostrarles, no a decirles”, empieza mientras presenta un show de diapositivas. Les cuenta que junto con los ancianos del pueblo de Mocerón, lugar de la reunión, han hecho ya dos incursiones en lo profundo de la selva, desde Wisplini hasta el Mavita,” dice, haciendo referencia a un pueblo a más de 150 kilómetros de distancia de la reunión.

“Ni siquiera se llevan toda la madera, dejan la caoba pudrirse en el suelo”, dice Miskut y el murmullo se ha vuelto algo difícil de descifrar, un sonido colectivo entre el lamento y la protesta.

Mientras Miskut habla, un proyector tira su luz azulosa sobre la pared de la iglesia donde yace sangrante e inmóvil, Jesús crucificado. Va mostrando videos y fotos apocalípticas; cientos de árboles muertos, interminables llanuras carbonizadas donde antes revoloteaba la vida. Un murmullo de indignación recorre la iglesia cuando muestra lo que fue un bosque de caobas, el árbol sagrado de la cultura Miskita, del que construyen sus cayucos y cabañas. Todo muerto, todo en el suelo. Dice que los terceros, depredan grandes extensiones de tierra con el afán de adueñarse de la Moskitia hectárea por hectárea.

Miskut no parece querer guardarse nada. Señala con el dedo a los representantes del instituto forestal, el único ente estatal representado en esta reunión, y les llama inútiles. Les acusa de cómplices del apocalipsis por no denunciar, por tibios. Señala a dos mujeres representantes de un conjunto de organizaciones no-gubernamentales (ONG) y dice:

“Las ONG vienen a darnos talleres, a decirnos cómo cultivar sin dañar la selva y el ecosistema. A decirnos que hagamos huertos caseros para tener comida, y dejar la montaña. ¡Nosotros ya sabemos cómo hacer eso, nosotros hemos cuidado esta

selva por más de 500 años! ¿Por qué no nos ayudan mejor a detener a los terceros, que destruyen cientos de hectáreas en un día?”

Miskut tiene, pero no necesita micrófono. Las funcionarias a las que se refirió están en primera fila, bajan el rostro y sobre sus espaldas se recuestan las miradas reprochantes del pueblo Miskito.

Las imágenes siguen saliendo, una tras otra, decenas de videos que muestran desierto donde antes había vida. Miskut sigue hablando, los videos avanzando, los murmullos del pueblo Miskito ya se mezclan con sus palabras. Una anciana se lamenta, como llorando, y las funcionarias y representantes de las ONG ven la salida de la iglesia como deseándola.

“También hay traidores entre nosotros”, dice, y señala con un dedo rotundo a Maximiliano, otro nombre que cambié por su protección. Un hombre de unos 40 años, fibroso como todos por acá. “Él ha estado trabajando para los terceros, ha estado talando selva en el lado de Wisplini, y de Mavita. Tengo las pruebas, él trabaja para ellos.”

La multitud se revuelve, ya es difícil controlarlos, y empiezan los primeros gritos. Luego Miskut dice que todos corren riesgo, que Maximiliano es una especie de espía y que eso pone en riesgo la vida de todos los presentes. Decir esto en un lugar donde los líderes, los que quedan, han recibido amenazas y disparos de los terceros, de hecho, pone en riesgo la vida del mismo Maximiliano.

Miskut suelta el micrófono y dirige su cuerpo fuerte y sus pasos militares hacia afuera. Pasa al lado de Maximiliano y lo mira a la cara, con la furia de un jaguar, luego sale.

Maximiliano tiembla, los nervios lo hacen tartamudear. Toma la palabra, agarra el micrófono y pide perdón, dice que nadie es perfecto, que si hay alguien libre de pecado que tire la primera piedra. Mientras habla un abuceo comunitario le ahoga las palabras. Sigue y habla de todo lo que no tiene, dinero, comida, trabajo, y ayuda. Y luego de todo lo que si tiene, hijos y hambre.

Pero esto no cala acá. Los presentes también tienen hambre e hijos. Así que la iglesia comienza a vaciarse y afuera, alrededor de Miskut, se arma un revuelo de Miskitos que gritan, enfurecidos. Tal como se ven las cosas parece que Maximiliano no saldrá bien de esta.





Fotografías presentadas por Miskut en la reunión de Mocerón que muestran restos de árboles de caoba.

El padre Alargada toma el micrófono y enfría las cosas. Los Miskitos, los que quedan en la iglesia, se calman. Luego suelta una frase, una de esas que vuelven a la gente celebre:

“Hay que ver realmente a quién se está sirviendo, si queremos servir al cuidado de nuestra tierra, de nuestros hijos y de su futuro, no podemos servir también a quienes lo destruyen. Si queremos servir a nuestro pueblo y al pueblo de la Moskitia... No podemos servir a dos señores”.

“Hay que ver realmente a quién se está sirviendo, si queremos servir al cuidado de nuestra tierra, de nuestros hijos y de su futuro, no podemos servir también a quienes lo destruyen. Si queremos servir a nuestro pueblo y al pueblo de la Moskitia... No podemos servir a dos señores”.

Afuera el revuelo es fuerte. Maximiliano sale por otra puerta y se refugia en una iglesia evangélica a dos cuadras, luego huye del pueblo.

En esta historia Miskut y Maximiliano se volverán a encontrar. Pero para eso faltan tres días.

La cacería

Son las nueve de la mañana, en la madrugada cayó una capa de rocío y el pueblo de Mocerón se ha despertado con olor a hierba húmeda, a tierra mojada. Han pasado dos días desde la reunión en la iglesia y un grupo de indígenas Miskitos se preparan para salir a la selva a cazar. Esta vez las presas son otras personas. Van a cazar terceros.



Antes de salir comen platos de arroz y yuca hervida que un grupo de mujeres del pueblo han preparado para los cazadores.

Es un grupo de 16 personas. La mitad son soldados del ejército hondureño del quinto batallón. Están acá por un convenio entre las Fuerzas Armadas hondureñas y las comunidades indígenas de la Moskita. Es una de las pocas expresiones de apoyo que han recibido después de tantas cartas y peticiones. El gobierno envía cada cierto tiempo a una cuadrilla de soldados a patrullar por la selva y con esto afirman que están activamente luchando contra la deforestación y el narcotráfico.

Sin embargo, el gobierno no tomó en cuenta que estos soldados son todos Miskitos y creen, igual que todos por acá, que si no detienen la matanza de árboles, su familia y su descendencia tendrán un futuro muy complicado. Por eso hoy apuran el arroz y la yuca para salir temprano y poder cazar con luz de día.

Es Miskut quien organiza esto, es él quien ha organizado a los Miskitos civiles, y fue él quien, aprovechando la existencia de un convenio, persuadió a los soldados de acompañarle. Miskitos con uniforme y Miskitos sin él siguen las órdenes del caudillo Miskut.

Les da una arenga fuerte en miskito, su lengua materna, mueve las manos y los brazos con bravura y les llama valientes a estos hombres por lo que se disponen a hacer. Les dice que del éxito de estas misiones depende el futuro del pueblo Miskito.

Con el grupo viaja también uno del consejo de ancianos del pueblo Mocerón. Se llama Abraham, tiene 74 años y camina por la selva como caminarían las rocas si pudieran. Es duro, seco y compacto. Camina sin resollar y apenas suda. Rechaza enérgico cuando le tienden una mano para subir una colina y saltar desde una pendiente.



Salimos a pie, en fila militar. Son casi las diez cuando cruzamos el río Mocerón. Sus aguas son claras y se puede ver el fondo una cama de hojas y ramas. Hoy está manso porque es verano, la temporada más seca del año. Este mes, mayo, se espera que lleguen las primeras lluvias a aliviar la sed de los cultivos, los pastos y a engordar el cauce del río, que cada invierno se engorda menos.

Los soldados Miskitos lo cruzan en cayuco para no mojar los rifles M-16. Yo voy con este grupo, los demás lo cruzan a nado. Cada uno carga un aproximado de 40 kilos sobre sus espaldas compuestos por arroz, yuca, y una gran olla de aluminio que se turnan. Lo atraviesan como pasar un charco. Esta es la línea de salida. Desde acá, lejos de sus hogares, comienza la misión.

El anciano Abraham saca una biblia y les hace formar un círculo, lee con dificultad el salmo 91 en español: “Mi Dios, en quien confiaré. Él te libraré del lazo del cazador, de la peste destructora. Con sus plumas te cubrirá (...) caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra; más a ti no llegará”.

Luego comienza una dura caminata por la selva virgen que durará cinco días. Los Miskitos, soldados y civiles, aprietan el paso. Quieren llegar por la tarde al primer punto donde creen que hay terceros tumbando la selva. Conocen esta tierra, sus padres y sus abuelos cazaron acá, pero aquellas eran presas menos peligrosas.

El grupo de Miskitos avanza por la selva a paso rápido, es casi imposible seguirles el ritmo. La idea es encontrar los descombro de selva, amedrentar a los terceros y tomar registro en foto y video, no solo del paisaje marciano que queda después de la tala, sino del rostro de las personas que lo hacen.

En las dos ocasiones anteriores que salieron, a inicios del 2023, con esta misma misión, rodearon a varios de los invasores. Uno se había apoderado de 600 hectáreas, (más de 800 campos de fútbol), otro de 500 hectáreas. Pero en los videos se ven a hombres pobres, viviendo en casas muy parecidas a las de los Miskitos.

Los indígenas elaboran teorías sobre estos recién llegados, los asocian con los traficantes porque los han visto trabajar juntos, pero nada más. Un alto mando de la policía hondureña con quien hablamos bajo acuerdo de anonimato, afirma que la estrategia para invadir las tierras es sencilla: envían a grupos de colonos a tomarse grandes extensiones de tierra, les dan las herramientas necesarias para expulsar de ahí a los indígenas y luego, cuando ya han ocupado la tierra, la venden a los narcotraficantes o a prestanombres de su nómina. Este sencillo modus operandi de los traficantes de la Moskitia se refleja también en los documentos oficiales de dos grandes operaciones antidrogas realizadas en la Moskitia por la Agencia Técnica de Investigación Criminal (ATIC), y la Fiscalía hondureña, Estegia I y Estegia II, a los que tuvimos acceso.

INFORME IDENTIFICACION. Declaracion Personal.	Fecha: 25 de marzo Asignatura: dd 2015
<p>Yo Rainaldo Eceda urvina mayor de edad soltero, tengo mi esposa, pero en union libre # de identidad 1618-9984-00399, labrador jurisdiccion de Santo barbara municipio de Quimistan Departamento de Santo barbara. Comparezco ante el Sr. Presidente del Consejo de Anciano Departamento, Sr Victor Pravia morel en Puerto Lempira, Manifiesto, Idea y destino me traslado de Rio Platano, Acia en Puerto Lempira; El Sr: Beto humano y otros medio la oportunidad de conocer la montana de macoron y la que de ubicarme Hacer mi champa al centro de limitara, ya lo tengo echo milpas y la casa mi lugar donde ya vivo en Rio platano se adueñó los narcos, en forma violenta. por lo tanto tube que ubicarme en la mosquitia ceno de macoron. Sin autorizacion de nadie. El vice presidente del Consejo de Anciano del Departamento de Gracias a Dios Don Victor Pravia morel, Recomendó, de esta forma si usted quiere ver la montana de limitara, deve de Registrar Autoridad Civil y militares y com una ley y la Fiscalia de la etnia y Patrimonio. Advertencia: una sola vez. Registrados Firmado y Sellado, Dare mi visto Buen y la firma; de lo contrario, negativo su ubicacion en esta montana porque es ilegal, Deve de Registrar en via legal llegare a ver donde vives tú. dades en Puerto Lempira a los 25 dias del mes de marzo del 2015</p>	
<p>Reinado Eceda Urvina Vice Pi. Ci. de Anciano</p>	<p>Reinado Eceda Urvina C.E.</p>
Notas:	Revisado por:

En la incursión anterior, en marzo de este mismo año, la tropa de Miskut y Abraham se enfrentó a un grupo de terceros, y pudieron capturar a dos de ellos. Les quitaron sus rifles y los amarraron.

Testigos que estaban ahí y eran parte de la tropa me contaron que Abraham les dio patadas y les pegó con un palo mientras les hacía señalar en un mapa los puntos donde se destruye la selva. Pero al siguiente día, luego de amenazarles, los soltaron. Ahora el pueblo Miskito tiene dos enemigos más.

Seguimos avanzando. La selva es buena para quienes la conocen y es hostil para el foráneo, para el tercero. Entramos a una zona donde crecen unas matas malvadas que clavan sus pequeñas espinas en la piel de quien las roce y hay que esperar que el cuerpo las rechace y salgan solas, causando mucho dolor. Contrario del imaginario colectivo, la selva no ofrece fuentes de comida. Es muy raro encontrar árboles frutales y cazar un animal es una tarea compleja que dependerá de ser más listo y más fuerte que él. Es como un desierto verde. Mientras marchamos, las ráfagas repentinas de viento revuelven las copas de los inmensos árboles donde los pájaros y los monos nos ven pasar, desde sus butacas de ramas.

Es media tarde, las ramas de los árboles detienen la luz y la selva se vuelve oscura. Entramos a una zona llena de barro movedizo, donde el pie del inexperto se va hundiendo lento mientras el lodo te ahoga y te pierde para siempre en las entrañas de la selva. Más de una vez la mano de Miskut me alzó como a un niño de entre las garras del lodo. Mi presencia solo retrasa a la tropa. Cada error mío son valiosos minutos perdidos. El sonido de mis botas en las rocas y el tintineo de mi mochila terminará delatando nuestra posición, si no lo ha hecho ya. Miskut me dice que él y yo regresaremos a Mocorón. Le obedezco sin chistar.

El viejo Abraham guiará a la tropa en su búsqueda de enemigos. Creo, además, que no quieren cazar frente a los ojos de un extraño, frente a los ojos de un tercero.

En busca de aliados

Miskut tiene una misión importante que hacer. Pero es una misión arriesgada y secreta. Debe hablar con los ancianos de otra aldea lejana, una aldea cuyo líder, después de haber boicoteado la tala ilegal de pinos, fue emboscado por un grupo de sicarios. Sobrevivió, pero después de ese evento él, el grupo de ancianos y los líderes jóvenes de ese lugar, han decidido atrincherarse en su aldea. No hay señal telefónica y la única forma de buscarlos y sumarlos a la guerra por la selva es ir y convencerlos.

Miskut me dejará acompañarle, a cambio de comprarle algo que a estas alturas de la selva se ha vuelto casi un tesoro: gasolina. La única forma de ir es en su moto. Es un camino diseñado por los pies de los Miskitos que lo han transitado durante décadas, quizá cientos de años. Miskut me pide no avisar a nadie pues debemos evitar una emboscada.



Pero nadie compra gasolina para quedarse en el pueblo. “Los señores tienen orejas por todos lados”, nos había advertido ya uno de los ancianos, refiriéndose a los informantes locales de los traficantes. Y es cierto, las tienen. Al siguiente día lo descubriríamos. Nuestra presencia acá no ha pasado desapercibida. Hace cuatro días, mientras hablábamos en la noche con un grupo de ancianos llegados a la reunión desde Limitara, descubrimos que estábamos siendo espiados por un muchacho. Nadie de ahí lo conocía y cuando le preguntamos quién era y por qué nos escuchaba a hurtadillas, corrió. Lo seguimos, pero se disolvió en la selva, como un fantasma.

Salimos con Miskut por el lado de atrás del pueblo lo más sigilosos que podemos y tomamos un camino en desuso, más largo, pero más seguro.

La moto es grande, con llantas especiales para terracería. Miskut la maneja como una extensión más de su cuerpo y alcanza velocidades de 80 kilómetros por hora. Lleva un revólver calibre .38, pero no es una garantía eficiente de seguridad. Aunque es un calibre fuerte, solo le caben seis tiros y debe usar sus dos manos para manejar.

A medida que avanzamos, el paisaje se va convirtiendo de selva húmeda a bosque de coníferas, con imponentes pinos y pastizales que trepan hasta lo alto de las montañas y los cerros. Los pinos se extienden hasta donde se pierde la vista. Si no fuera por el delgado sendero por donde nos movemos, parecería que jamás nadie ha estado acá. Todo está en el desorden propio de la naturaleza, es como transitar por un mundo sin estrenar.

A las dos horas de viaje llegamos a un sendero más grande. Miskut detiene la moto frente a una tosca cruz de cemento.



“Este es el lugar donde mataron a Osvaldo Jacobo”, dice, viéndola fijamente. Osvaldo fue de los primeros defensores ambientales de la Moskitia. Era biólogo y creó, ante la inminente destrucción de la selva a finales de los 90, la primera organización Miskita con el fin de defender la Moskitia y todo lo que contiene, Miskitos incluidos.

“A Osvaldo hubo que levantarlo con pala”, me había dicho su hermana hace unos días. Como cuenta su familia y sus vecinos, el 27 de diciembre del 2000, Osvaldo detuvo su motocicleta porque le explotó una llanta. Mientras trataba de enmendarla apreció una camioneta lo arrolló varias veces en este lugar hasta dejar únicamente una masa indistinguible que los buitres comieron durante días, una masa que, efectivamente, sus familiares tuvieron que recoger con pala, para meterlo en bolsas plásticas y poder darle sepultura en el pueblo de Mocerón.

Osvaldo ya había recibido amenazas por obstaculizar la tala de árboles y obstruir el poder de los narcotraficantes. Empezó a organizar a los Miskitos y buscó una serie de alianzas con organizaciones de la capital. Ese día se dirigía a Mavita, la misma aldea donde ahora vamos nosotros, a hacer algo muy parecido: hablar con los Miskitos más respetados y temidos de la selva, los Lakut.

Miskut hizo esta cruz de cemento con sus manos en un homenaje a Osvaldo. Cree que él terminará igual. El destino dirá si cuando muera alguien también hará una cruz de cemento en su honor. Volvemos a la moto, faltan varias horas para llegar a nuestro destino.

Está muriendo la tarde cuando cruzamos el pequeño río que separa a la aldea de Mavita del resto de la Moskitia. El bosque se detiene y comienza un inmenso jardín. Entramos a territorio Lakut.

El ruido de nuestra moto rompe la paz de la aldea y hace que se levante un torbellino de alas de colores. Es como haber espantado un arcoíris. Son decenas de guaras rojas que viven acá protegidas por la familia Lakut, los fundadores y guardianes de este pedazo de paraíso.

No es una aldea grande. Los locales me dicen que el abuelo Lakut llegó a estas tierras, apenas pobladas por los pinos y las guaras, a final de los años 50. Conoció este lugar mientras era soldado y peleaba en la efímera y desnutrida guerra entre Honduras y Nicaragua por el control de la Moskitia. Luego regresó y fundó una casa y tuvo hijos, sus hijos buscaron parejas y sus hijas recibieron maridos y la aldea hoy tiene más de 200 habitantes que subsisten como lo hacían los humanos de esta región hace tres mil años. Siembran yuca, maíz y frijol. Complementan su dieta con pescados y caza silvestre.

Pero lo que vuelve a esta aldea un lugar único en toda la Moskitia es que junto a los Lakut viven las guaras rojas. La idea de salvar a esta especie nació en Rus Rus, un pueblo vecino. Ahí un hombre, Tomás Manzanares, empezó a criarlas y cuidar sus nidos. Pero para cuidar los nidos es necesario cuidar el árbol que les alberga, y resulta que ese árbol vale dinero. A diferencia que en otros lugares de la selva, en esta zona los traficantes sí tienen instalado un sistema para talar los pinos y venderlos en Nicaragua o en Olancho. Como negocio extra, los taladores también venden las guaras y sus polluelos a otros traficantes que a su vez los llevan a Colombia y a Jamaica.

Las guaras y los pinos donde ellas hacen sus nidos siguen valiendo plata, y en esta selva, como en una fórmula muy rara de alquimia, la plata atrae al plomo.

La norma parece ser que si algo vale dinero en la Moskitia tarde o temprano llegarán los terceros. A Manzanares, defender las guaras le costó caro. En 2011 unos terceros le asestaron cuatro balazos que le postraron en cama durante cuatro meses.

Con Manzanares fuera del camino, las guaras fueron capturadas y vendidas y los árboles donde hacen sus nidos talados y vendidos. La suerte parecía echada para aquellos animales. Entonces Manzanares decidió lo mismo que ahora decide Miskut: buscar el apoyo de los Lakut. Habló en 2011 con el consejo de ancianos de esa familia y pidió refugio para los pocos especímenes que sobrevivieron a la matanza y la venta.



Los ancianos Lakut decidieron darles refugio a las guaras y desde ese día viven entre ellos, se alimentan de frijol, arroz y yuca, lo mismo que los Lakut, y tienen sus nidos en los árboles que esta familia protege. Así fue cómo las abuelas y las madres de las guaras que hoy revolotean a nuestro alrededor llegaron hasta acá. Pero las guaras y los pinos donde ellas hacen sus nidos siguen valiendo plata, y en esta selva, como en una fórmula muy rara de alquimia, la plata atrae al plomo.

Los guerreros Lakut

Santiago Lakut es jefe del consejo de ancianos de la aldea Mavita. Es un hombre fuerte, entrado en la cincuentena y su piel es oscura como un árbol de ébano.

Santiago, al igual que su abuelo, fundador de la aldea de Mavita, sabe de guerras. Peleó en los años 80 en Nicaragua de lado de “los Contras”, una guerrilla financiada por el gobierno de Estados Unidos que pretendía derrocar el régimen socialista de los Sandinistas. Este conocimiento bélico, y las armas de las que dispone su familia, es lo que lo vuelve tan imprescindible en la lucha contra los terceros.



Me muestra un tiro capturado en la parte baja del parabrisas de su camioneta.

“Yo iba con mi hijo, cuando de repente empezamos a escuchar los balazos. Eran dos. ‘Papá qué es eso’-, me dijo mi hijo, ‘son balazos, agáchate’, le dije, y me vine sin paradas hasta acá”, cuenta Santiago.

Es de noche, los Lakut nos han dado de cenar lo mismo que a sus guaras. Arroz y frijoles. Santiago y los demás ancianos nos reciben a Miskut y a mí en una parte alejada de la aldea ya entrada la noche. Sobre unos tablones de pino, y mientras unos zancudos de tamaño jurásico drenan nuestra sangre, le piden a Miskut que suelte las palabras que trajo hasta acá.

Miskut saluda con respeto a los tres ancianos y antes de hablar hace alusión a que, aunque de forma remota, él lleva también el apellido Lakut en su nombre. Luego me pide disculpas, hablará en Miskito con los ancianos. Lo que sea que les dirá necesita intimidad. Hablan por más de una hora, a veces con el tono suave y armonioso de su idioma, a veces con espavientos y palabrotas robadas del español o el inglés. Santiago y los ancianos se niegan a lo que sea que Miskut les pide. Miskut insiste, ellos menean la cabeza y fruncen el ceño, se miran entre sí, muy preocupados. Dicen que no.



Líderes del clan Lakut miran fotografías de invasiones de tierras y destrucción de bosques en la Moskitia.

Después de un tiempo en donde aquella discusión parece haber llegado a punto muerto, Miskut, hábil para persuadir, saca un arma poderosa: su teléfono. Y una a una les va enseñando las fotos que tomó en las dos incursiones pasadas. Cientos de caobas talados, pudriéndose en el piso, animales carbonizados en el suelo, víctimas del fuego de los terceros, videos donde algunos trabajadores, capturados por la tropa de Miskitos que Miskut organizó, admiten haber talado en semanas recientes entre 400 y 600 hectáreas de bosque para meter ganado. Hay tristeza en la mirada de los Lakut.

Les muestra el poco caudal del río Mocerón, en donde antes había que batallar para no naufragar en los cayucos, ahora hay que hacer un esfuerzo por no encallar. Les recuerda que, si el bosque muere, los ríos se secarán, y que si esto sucede, cada aldea quedará incomunicada, pues, ya no serán transitables en cayucos. Entonces sí, cada aldea deberá entenderse con los terceros en

soledad. Incluso los bravos Lakut se verán superados en algún momento.

Los Lakut ven aquello en silencio, anonadados, se le acercan al teléfono de Miskut como quien se acerca a una fogata nocturna y apuntan con el dedo. Piden ver el mapa que Miskut ha hecho con georreferencia de los lugares donde se concentran los terceros. Ya no se están informando, están planificando. La tristeza se convirtió en otra cosa.

Es entrada la noche y vuelven, por fin, al español. Me dicen que están dispuestos a agotar las vías pacíficas para expulsar a los terceros de la selva, van a presionar al gobierno para que haga el proceso de “saneamiento” de tierras que tanto han prometido, que consiste básicamente en enviar militares a expulsar a los terceros. Pero que si esto falla no quedará otra salida que pelear.

Una emboscada en la selva

A la mañana siguiente la aldea se despierta con los gritos de las guaras. Una se asoma por la baranda de mi ventana y me grita, como pidiéndome algo. Afuera una mujer de la familia Lakut camina con dificultad cargando una enorme olla repleta de comida. Las guaras revolotean sobre ella dando estruendosos alaridos. De lejos parece una especie de diosa del color y de los animales que vuelan. Con un cucharón les sirve sobre una mesa arroz con frijoles, lo mismo que desayunarán ellos, y los animales hacen un remolino de plumas sobre aquella comida. Suenan como si se rieran.

Por la tarde los Lakut les servirán otra olla del mismo menú, de esta forma garantizan que las guaras se queden cerca de ellos, bajo su protección, y no deban arriesgarse a buscar comida en donde puedan atraparlas. Si algún tercero se aventurara a cazar guaras o talar pino en los alrededores de Mavita, tendría que enfrentarse a tiros con los Lakut, y esto es algo que, por el momento, no desean los traficantes.

Esta familia recibe algún apoyo de organizaciones internacionales de conservación animal que les ayudan con dinero para poder mantener a las aves, pero no es suficiente y, sobre todo, no brindan ninguna ayuda a la hora de protegerles de la caza furtiva y la deforestación. De no ser por esta familia, y antes por el valiente señor Manzanares, no habría más guaras rojas en la selva.

Nos montamos en la moto nuevamente. Nos esperan varias horas de viaje por la selva. Los ancianos nos indican un camino olvidado, creen que por ahí estaremos más seguros. Encargan a uno de los adolescentes de la familia para que nos guíe y le entregan una escopeta y una moto. El muchacho nos lleva

por un camino antiguo, hecho por los abuelos de tanto caminar por el mismo lugar. El muchacho nos saca del territorio de Mavita y le indica a Miskut por donde ir. A lo lejos se escucha aún la risa de las guaras.

El camino es difícil, debemos bajarnos cada cierto tiempo a ajustar la cadena de la moto que insiste en zafarse en cada tropezón con una roca. La selva está tranquila, apenas un viento trémulo mueve algunas hojas y el canto de algún pájaro se escucha a lo lejos. Nos detenemos en Casa Sola, un pequeño caserío de tres casas donde vive una familia de terceros con quienes los Miskitos tienen buena relación. Miskut se baja y saluda, quiere demostrarme algo.

“Nosotros no tenemos problema con que vengan a vivir acá. Acá hay tierra. Siempre y cuando vivan como nosotros, que agarren una o dos hectáreas y siembren para vivir. Nosotros les acogemos. Pero si quieren venir y talar 500 hectáreas para un solo hombre y luego vender y luego expulsar a los Miskitos... entonces no son bienvenidos”, me dice.

Tomamos el agua que nos ofrece una mujer silenciosa y volvemos a la moto.

No ha pasado ni una hora desde que salimos de Casa Sola cuando de pronto, en medio de un camino ancho, aparece Maximiliano, el hombre que Miskut acusó en público de ser traidor, junto con otros cinco hombres más. Todos llevan machetes.

El miedo es cosa poderosa, hace en la cabeza juegos extraños. En la mía detienen el tiempo, me dilata las pupilas haciéndome ver todo mucho más luminoso y mucho más lento, seca mi boca y paraliza mis manos. El líder Miskito se tensa, lo siento en sus hombros, y acelera la moto; emite una especie de gruñido tenue, como un animal, y dice, más para el aire que para mí, “No tiene los huevos, no tiene los huevos”.

No los tuvo. Se quedaron de una pieza cuando Miskut pasó como una bala por su costado. Quizá esperaban a un tripulante y no a dos. Quizá el mensaje de los famosos “ojos y orejas” no fue preciso. No lo sé, pero lo que sea que les haya detenido de atacar fue efímero. Dos de ellos se suben a una moto y arrancan detrás de nosotros. Pienso que si la cadena se zafa, como lo ha venido haciendo todo el viaje, nos alcanzarán. Pienso en las seis balas del revólver de Miskut.

“No. No tiene los huevos. No”, repite Miskut como un mantra mientras acelera su moto por sobre barrancas y riachuelos.

La moto de los dos hombres es más pequeña, la perdemos cada cierto tiempo, pero en las curvas o las enseñadas, donde a fuerza debemos ir más despacio, les vemos aparecer a unos 60 metros detrás de nosotros. De pronto, entre la arbolada, se ve ya el humo de las cocinas de leña de Mocerón. Los hombres desisten. Mocerón es territorio de la resistencia.

El destino incierto de la nación Miskita

La violencia casi nunca es ave de paso. Anida en los lugares y en los corazones de las personas por largo tiempo. A la Moskitia llegó desde hace casi 30 años y todo indica que falta mucho tiempo para que se largue. Pero la violencia necesita dejar de ser idea y materializarse, necesita herramientas y no es juego de un solo jugador. Necesita también organización y recursos. Los Miskitos han aceptado la invitación a la violencia, pero aún no disponen de todo lo anterior para llevarla a cabo con eficiencia.

¿Cómo se imagina usted la guerra contra los terceros, tienen ustedes ya un plan? Pregunté a Eusebio, uno del consejo de ancianos del pueblo de Mocerón, una semana antes del viaje hacia Mavita.



Don Eusebio respondió muy convencido. Me dijo que tienen arcos, flechas y lanzas. Cree que tal como la punta de flecha entra en la carne de un venado entrará también en la de un hombre.

En la aldea de Mavita, casi al final de nuestra larga conversación, como largas suelen ser las pláticas Miskitas, pregunté lo mismo a los ancianos Lakut. Ellos sí tienen armas de fuego, pero son pocas y en su mayoría se trata de escopetas calibre 12, un arma poderosa para cazar o para la defensa personal, pero poco o nada eficiente para un enfrentamiento contra los AR-15, los AK-47 y las granadas M67 de los terceros y los traficantes de cocaína.

Luego otro, impulsado por la euforia, dice: “Tenemos sica”. Los demás lo voltean a ver, como reprochándole por revelar sus secretos. Pero después de un rato acceden a contarme de su arma secreta, con la que piensan enfrentar a los terceros.

“Sica es un rezo. Yo te hago sica, yo te duermo. O me hago invisible y te mato con puñal, fácil”, dice Santiago, el jefe de los ancianos Lakut.

“Ellos tienen armas, es cierto, porque tienen más dinero del narcotráfico. Pero nosotros tenemos fortalezas. Somos muchos y estamos organizados, conocemos la selva. Además, tenemos armas silenciosas, tenemos hondillas y flechas. ¡Te mato sin ruido!”, dice Héctor, uno de los tres ancianos Lakut.

Me revelan que el sica es una especie de hechizo que se expresa en varias formas. Uno debe decir las palabras correctas en el orden correcto y marcar una cruz en un lugar. El enemigo que pase por ese lugar se llenará de odio, y llevará ese odio hacia su casa, sembrará, pues, la discordia entre los suyos y se acabarán matando entre ellos. Según estos Miskitos, sirve también para hacer al enemigo errar los disparos y encasquillar las armas de los invasores.

El arco y la flecha, concluyen el Dr. Antonio Rodríguez Hidalgo, una autoridad en cuanto al pasado reciente de la especie humana, y la mayor parte de la comunidad académica, se empezó a utilizar en el mesolítico, después de la última era del hielo, en casi todo el mundo, menos Australia. Su uso se popularizó entre las sociedades de cazadores recolectores hace unos 12 mil años. Así que, si nos ponemos estrictos en términos de tecnología bélica, los terceros tienen una ventaja de 12 mil años con respecto a los Miskitos. Es como si un pueblo del paleolítico se enfrentará a un ejército moderno.

Los tiros ya suenan por acá. Se alojan en el carro de Santiago Lakut, en el cuerpo del biólogo Manzanares y de un puñado de líderes Miskitos. Caen desde el cielo desde los helicópteros del ejército hondureño y muerden sin distinción a niños y adultos. Duermen a la espera en las escopetas de los indígenas y las AR-15 de los traficantes. Los primeros muertos ya fueron enterrados, por el momento, de un solo lado, el lado Miskito.

La tropa que salió a patrullar la selva al mando del anciano Abraham regresó con información desoladora. Más descombros, más incendios, más terceros. Cientos de hectáreas que hace unos días eran una selva donde se apiñaba la

vida, ahora son campos yermos donde se pasea el ganado y aterrizan avionetas con cocaína. Lo que encontraron en su expedición azuza más la convicción de pelear del pueblo Miskito.

Si bien el futuro es incierto, el de los Miskitos es predecible. Se enfrentan a fuerzas que ellos mismos no entienden, a hombres poderosos con una capacidad inconmensurable para la violencia y con recursos de sobra para financiarla. Se avecina la oscuridad, el tiempo dirá cuál será el destino de la nación Miskita. Por el momento solo podemos decir que un puñado de pueblos indígenas se preparan para la guerra en las riberas el río Mocerón.

Contenido relacionado

Conozca más sobre la cobertura que InSight Crime ha realizado sobre los delitos ambientales en la Moskitia, y el avance del narcotráfico en Honduras.



El terror en la selva de Honduras donde los narcos engordan ganado

DELITOS AMBIENTALES / 18 MAY 2022

Durante varios años, la selvática región de la Mosquitia en Honduras ha sido idónea para el tráfico internacional de cocaína...

[LEA AQUÍ >](#)



El cultivo de coca y la producción de cocaína alcanzan nuevas alturas en Honduras

HONDURAS / 19 ABR 2022

Honduras presenta una proliferación de cultivos de coca y campamentos de producción de cocaína, una muestra de que el cultivo ilícito...

[LEA AQUÍ >](#)



InSight Crime es una organización sin ánimo de lucro dedicada al estudio de la principal amenaza a la seguridad nacional y ciudadana en América Latina y el Caribe: el crimen organizado. Durante una década, InSight Crime ha cruzado fronteras e instituciones — como una amalgama de medio periodístico, centro de pensamiento y recurso académico — con el fin de profundizar y orientar el debate sobre el crimen organizado en el continente americano. Los reportajes en terreno, la investigación minuciosa y las investigaciones de alto impacto han sido características distintivas de la organización desde sus inicios.

Para más información, visite insightcrime.org/es